

JUEVES SACERDOTALES (1) (1-V-1941)

Amados Hijos:

Hay un deber de gratitud que muchos olvidan: rogar por los Sacerdotes. Sin embargo, el ministerio sacerdotal es fuente para los fieles de tan grandes bienes que nunca se alcanzará a medir su extensión.

Por los sacerdotes, Jesús cumple en el mundo la obra de la Redención; por ellos nos administra sus Sacramentos y nos da la vida sobrenatural; por ellos establece su verdadera y perpetua comunicación con los hombres, por ellos se nos abren las puertas de la eterna felicidad.

Todo cristiano debiera vivir en continuo agradecimiento hacia Jesús, Sumo y Eterno Sacerdote, y hacia los Ministros elegidos por El para aplicarnos los méritos de su sangre redentora.

El Gran Pontífice Pío XI en su Encíclica sobre el Sacerdocio Católico (2), junto con recordarnos su excelsa dignidad, nos exhorta a la oración por el aumento y santificación de los Ministros del Señor y establece con ese fin la misa votiva de Nuestro Señor Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote.

Para responder a este llamado y a esta necesidad, venimos en establecer en nuestra Diócesis el primer Jueves de cada mes como "Jueves Sacerdotal", para que en él los fieles movidos por un mismo deseo eleven al cielo su plegaria pidiendo al Señor de la mies, envíe muchos y santos obreros a su mies.

Con este fin disponemos que en todas las Parroquias, Iglesias y colegios se celebre el primer "Jueves Sacerdotal" con los siguientes actos:

I.— Se celebrará una misa votiva de Cristo Sumo y Eterno Sacerdote, conforme a las rúbricas que al final se indican. Exhortamos a los fieles a que asistan a dicha misa y la ofrezcan por el aumento y santificación de los ministros del Señor.

II.— Se procurará que el mayor número posible de fieles ofrezcan en ese día la Santa Comunión, oración y obras meritorias por el fin indicado.

III.— Se dará la bendición solemne con el Smo. Sacramento rezando antes la oración por la santificación del Clero (3).

Encomendamos a la Acción Católica, como uno de sus apostolados, la propaganda del "Jueves Sacerdotal".

Exhortamos a que el "Jueves Santo" (Feria V in Coena Domini), se celebre en todos los templos una Hora Santa destinada a conmemorar la institución del sacerdocio católico.

Esta circular será leída en todos los templos y capillas el Domingo siguiente a su recepción.

(1) *D. M.*, p. 1.

Edicto estableciendo tales días.

(2) *Ad Catholici Sacerdotii*, 20-XII-1935.

(3) Cfr. *Oremus*, p. 260.

EL DIA DE LA SANTIFICACION SACERDOTAL
FIESTA DEL SDO. CORAZON
(31-V-1950)

Mis muy amados sacerdotes:

Desde hace cuatro años se viene promoviendo en todo el mundo con éxito creciente la celebración del "Día de la Santificación Sacerdotal" en la festividad del Sagrado Corazón de Jesús.

Su Santidad el Papa y numerosos Prelados de la Iglesia han bendecido y aprobado con entusiasmo este movimiento viendo en él una fuente de gracias abundante para el Clero y la más segura esperanza de recristianización de la sociedad.

Después de meditarlo largamente ante el Señor, he creído conveniente y útil el dirigiros esta carta, que deseo la recibáis como una paternal exhortación a vivir en forma cada vez más intensa y plena la sublime vocación a la que hemos sido llamados.

La ocasión del Año Santo me parece además especialmente propicia para tratar este tema. Su Santidad lo ha llamado el "Año del gran retorno y del gran perdón". Pero, ¿cómo se hará este retorno y este perdón, sino por medio de un clero íntimamente penetrado de su augusta misión y que comprenda cada vez en forma más plena y corresponda a las gracias que el sacerdocio trae consigo?. Convenzámonos; la solución a todos los problemas de esta hora está en la santidad sacerdotal. Si el Clero es santo, los fieles vivirán la verdadera vida cristiana. Y si los cristianos son cristianos el munda hallará el camino de su salvación. Por esto mismo el Señor suscita hoy en muchas almas el anhelo de orar e inmolarse por la santidad sacerdotal. También, por igual razón, Satán multiplica sus celadas y ardidés para impedirla. Y no es pequeño, por desgracia, el número de nuestros hermanos que "ambulantes in vanitate sensus sui, Ecclesiam lacrimabili defectione contristarunt" (1).

El Señor quiere nuestra santificación. Nos lo dice nuestra vocación misma: "nos eligió antes de la constitución del mundo para que fuéramos santos en su presencia" (2).

Nos lo dice la plegaria suprema de Cristo antes de su Pasión "por ellos me santifico, para que sean santificados en la verdad" (3).

Nos lo dice la Iglesia a través de las diferentes "órdenes" que recibimos. Nos lo dice nuestro ministerio; somos consagrados a la predicación de la palabra divina y a la "disposición de los Misterios de Dios".

Nos lo dicen los mismos fieles que quieren que sus sacerdotes sean los verdaderos representantes de Cristo entre ellos.

Los tiempos actuales se caracterizan por la lucha atroz entre Cristo y Satán, entre el materialismo más aplastante y el espíritu. Si los ministros de Cristo y los hombres del espíritu no somos lo que debemos ser ¿qué esperanza queda para la humanidad?.

(1) Tr.: "Dejándose llevar de la vanidad de sus sentidos, estristecieron a la Iglesia, con su lamentable defección".

(2) Ef. 1, 4.

(3) Jn. 17, 19.

La frase de aquel gran convertido, León Bloy (4), debiera ser la angustia de cada corazón sacerdotal: "la única pena grande en este mundo es la de no ser santos" (5).

Tenemos que ser hombres de vida interior siempre creciente. Viviendo en Dios y de Dios en el secreto de su soledad interior y en el ejercicio de su apostolado, el alma sacerdotal realiza la difícil síntesis de la contemplación y de la acción y da a su espiritualidad el sello inconfundible del espíritu apostólico y sacerdotal.

El sacerdote que no aspira a las alturas de la perfección, pronto caerá en los abismos de la tibieza y mediocridad. De ahí a la pérdida de su espíritu sacerdotal no hay sino un paso.

Para evitar este peligro y alcanzar aquel ideal, se nos da la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, Pontífice eterno y perfecto ejemplar de santidad sacerdotal al cual debemos conformarnos.

De ahí ha nacido la idea de que todos los sacerdotes nos unamos espiritualmente el día del Sagrado Corazón y junto "al altar del Dios que renueva nuestra juventud" pidamos para todo el Clero Católico la gracia de la *santidad sacerdotal*.

Este será "nuestro día". El día en que todos los sacerdotes congregados en el Corazón dulcísimo de Jesús, gustaremos las palabras del Doctor de la Iglesia Sn. Buenaventura: "O quam bonum et jucundum est habitare in Corde hoc"... "et habitare fratres in unum" (6).

Deseo, mis amados sacerdotes, que a partir de este Año Santo, se establezca en esta Diócesis de Talca, en la Fiesta del Sagrado Corazón, "el día de la Santificación Sacerdotal", y que igualmente, cada año, en el Retiro Mensual del Clero que quede más próximo a esa Fiesta, todo el Clero de la Diócesis reunido renueve su Consagración al Sagrado Corazón de Jesús y exprese en forma solemne este pensamiento.

Os invito por tanto, a que cada uno de vosotros celebre en la Fiesta del Sagrado Corazón el "Día de la Santificación Sacerdotal" para lo cual os sugiero las siguientes prácticas:

1º) El día anterior a la festividad o el mismo día, hagamos ante el Tabernáculo, una "Hora Santa" de agradecimiento al Corazón de Jesús por la Gracia del Sacerdocio, de reparación por las infidelidades nuestras y de nuestros hermanos y de impetración para que el Señor nos conceda la santidad que necesitamos.

2º) El día del Sagrado Corazón ofrezcamos la segunda intención de la Santa Misa, el Oficio Divino y buenas obras del día por este fin.

3º) Propongámonos como una práctica de santificación sacerdotal la "Hora Santa", al menos una vez al mes.

4º) El próximo Retiro Mensual será el martes 27 del presente y en él, junto con celebrar al Santo Mártir Pelayo (7), Patrono del Seminario, tendremos un Solemne Pontifical a las 10 A. M. en honor del Sagrado Corazón de Jesús, Es nuestro vivo deseo que el mayor número de sacerdotes pueda concurrir a este acto.

En el día del Sagrado Corazón, mis modestas plegarias serán para que Jesús, Sumo y Eterno Sacerdote, conceda a todo el Clero de esta amada

(4) León Bloy. Novelista francés converso de comienzos de siglo.

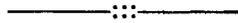
(5) León Bloy. "La Mujer Pobre".

(6) Tr.: "¡Qué bueno y alegre es habitar en este corazón!..., vivir los hermanos unidos".

(7) Pelayo Martín. Niño mártir; dio testimonio de su fe en Córdova (España) en el año 925.

Diócesis de Talca en unión de su Obispo, la gracia de esa santidad sacerdotal a que el Señor a todos nos llama.

Os bendice de corazón, vuestro Obispo.



**DÍA DE LA SANTIFICACION SACERDOTAL
FIESTA DEL SAGRADO CORAZON (1)
(V-1951)**

Amados Sacerdotes:

Como en años pasados, me permito dirigir esta comunicación al Clero de la Diócesis, para pedirles, celebren en la Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, el 1º de junio próximo, el "Día de la Santificación Sacerdotal".

Debemos al Corazón de Cristo este propósito y este esfuerzo. El anhelo más ardiente de su Corazón fue el de nuestra santidad "pro eis sanctifico meipsum ut sint et ipsi sanctificati" (2). La necesidad más urgente para que el mundo retorne a Dios, es que sus Ministros seamos lo que debemos ser. La mediocridad espiritual y la tibieza no deben tener cabida en la vida de un sacerdote.

Por otra parte, vivimos asediados de tantos peligros, rodeados de un ambiente tan materialista y frívolo, que si no nos defendemos con una intensa vida interior, nuestra perfección sacerdotal fácilmente decaerá y sucumbirá. "Et si sal evanuerit, in quo salietur" (3).

Además no podemos olvidar a no pocos sacerdotes, hermanos nuestros, que "ambulantes in vanitate sensus sui, Ecclesiam, lacrimabili defectio-
ne contristarunt" (4). Por ello y por nuestras deficiencias, debemos al Corazón Divino de Jesús una conveniente reparación.

La necesidad de numerosas y santas vocaciones sacerdotales deben igualmente estar de una manera especial presentes en esos días en nuestras plegarias.

Os exhorto a que, durante los tres días anteriores a la festividad del Sagrado Corazón de Jesús, celebréis en privado un triduo de oraciones por la santificación del Clero.

(1) Talca.

(2) Tr.: "Por ellos me santifico yo mismo, para que sean también ellos santificados".
Jn. 17, 19.

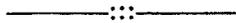
(3) Tr.: "Si la sal se desvanece, ¿con qué se le devolverá el sabor?". *Mt.* 5, 13.

(4) Tr.: "Dejándose llevar de la vanidad de sus sentidos, entristecieron a la Iglesia, con su lamentable defección".

Durante esos tres días, los sacerdotes añadirán en la Santa Misa, la oración "pro seipso sacerdote" (5). Os recomiendo hagáis en ese triduo una media hora de adoración ante el Santísimo recitando la consagración del Clero al Sagrado Corazón.

En los sitios donde sea posible, será de desear que los sacerdotes hicieran esa media hora de adoración en común. No olvidemos la palabra del Libro Santo que "bona est oratio cum jejunio" (6) y tratemos de añadir en espíritu de reparación alguna práctica de mortificación.

Que el Sagrado Corazón de Jesús nos encienda en su Divina Caridad, es lo que para sí y para todo el amado Clero Diocesano, pedirá en esos días vuestro Obispo.



(5) Tr.: "Por sí mismo sacerdote". Oraciones Diversas Nº 20.

(6) Tr.: "Buena es la oración con el ayuno". *Tb.* 12, 8.

LOS RETIROS MENSUALES Y CONFERENCIAS
PASTORALES (1)
(III-1955)

Amados Sacerdotes:

Las palabras del evangelio resuenan siempre en el alma del sacerdote:

“Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvirtúa ¿con qué se la salará?. Para nada aprovecha ya, sino para tirarla y que la pisen los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres” (2).

Si esto ha sido en todos los siglos una verdad indiscutida, aparece en forma especial la necesidad de realizarla en nuestro tiempo.

Puede en verdad decirse que la solución de los problemas espirituales y morales que la humanidad actual afronta, están condensados en el sacerdote. De ser en realidad “sal de la tierra y luz del mundo” (3) depende el que la crisis espiritual que sufrimos sea o no superada.

De ahí la necesidad de emplear todos los medios que la Iglesia señala, y sobre los cuales los últimos Sumos Pontífices han de un modo especial insistido. Entre ellos se destacan dos: los Retiros Mensuales y las Conferencias de Moral y pastoral.

S. S. Pío XI en su Encíclica “Ad Catholici Sacerdotii” dice al respecto lo siguiente:

“Os exhortamos a valeros de este medio para alcanzar la santidad. Más aún, del mejor modo que podáis seguid las normas dadas por Nos, retiraos a las sagradas meditaciones, no sólo en los tiempos establecidos por las leyes eclesiásticas (Cfr. Co I. C., cc. 126 - 595 - 1001 - 1367), sino con más espacio y frecuencia; además señalaos todos los meses según la antigua costumbre de los sacerdotes piadosos, un día de retiro en que alejados de los negocios os entreguéis a la oración” (4).

Venimos en consecuencia a reiterar lo decretado con fecha 30 de octubre de 1938, con las modificaciones que la experiencia ha señalado.

(1) Circular al clero diocesano.

(2) Mt. 5, 13-ss.

(3) Mt. 5, 13-14.

(4) Cfr. A. A. S. vol. XXI y 75.

EL DIA DE LA SANTIFICACION SACERDOTAL (1)
(VI-1955)

Amados sacerdotes:

Como en años pasados os dirijo esta Circular para recordaros la feliz iniciativa, nacida en la Diócesis de Trento y especialmente bendecida por la Santa Sede, de hacer de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, "el Día de la Santificación Sacerdotal".

El mundo se renovará por el florecimiento de la vida cristiana y esto se subordina fundamentalmente a la santidad sacerdotal.

El deseo más vehemente del Corazón Divino de Jesús y de su Madre Santísima, es la santificación siempre mayor del sacerdote.

Las mejores iniciativas apostólicas fracasan si no tienen como base la santidad de sus ministros.

Por esto, amados sacerdotes, os invito y exhorto a celebrar con el mayor fervor esta "jornada de Santificación Sacerdotal", en la Festividad del Sagrado Corazón de Jesús.

Me permito sugeriros el siguiente programa:

I.— Los días 13 - 14 - 15 y 16 de junio, tener al menos una media hora de adoración diaria ante el Santísimo Sacramento, pidiendo al Señor nos haga conocer la manera de cumplir mejor este deseo suyo de nuestra santificación.

II.— Ofrecer durante esos días, en segunda intención, y si es posible una vez en primera intención, la Sta. Misa, pidiendo "ad invicem" por la santificación de nuestros hermanos sacerdotes.

III.— El día del Sagrado Corazón, procurar tener una hora de adoración con la misma intención y renovar en ese día la Consagración al Sagrado Corazón de Jesús.

En las Parroquias o sitios en que hay varios sacerdotes reunidos, se recomienda realicen algunos de estos actos en común.

En la ciudad de Talca invitamos al Clero a una Hora Santa el miércoles 16, a las 6 P. M. en la Catedral.

Os bendice de corazón vuestro Obispo.

(1) Circular al Clero de la Diócesis de Talca.

ORACION, AMOR FRATERNAL, VIGILANCIA (1)
(13-III-1959)

Amados sacerdotes:

Siempre he acostumbrado a hablaros en esta ocasión. No deseo faltar a esta costumbre. Quisiera que esta exhortación os tradujese el programa que urge a nuestra conciencia sacerdotal. Lo haré con las palabras con que en 1937 el Emmo. Cardenal Pacelli hablaba en Notre Dame: "ORATE FRATRES — AMATE FRATRES — VIGILATE FRATRES—".

Sí, orad hermanos sacerdotes. El mundo se aleja de Dios. La oración trae a Dios a los hombres y los hombres a Dios. El mal que nos destruye es el materialismo. Todos los materialismos. El materialismo del Comunismo ateo y el materialismo del dinero, el de la dictadura proletaria y el de la economía sin alma.

Orad hermanos; porque el mundo necesita de redención, y la redención es obra de la gracia.

La vida de Cristo fue una gran oración. Todos los grandes actos de su vida son preparados por la oración. Su sacrificio redentor se realiza en medio de una gran oración que va desde la plegaria sacerdotal del Cenáculo a la suprema invocación al Padre Celestial. "In manus tuas Domine, commendo spiritum meum" (2).

Lo que Cristo inculca con más fuerza a sus discípulos es la necesidad e importancia de la oración.

La oración es el encuentro del hombre con Dios. Es el diálogo íntimo y perfecto en el cual participamos al diálogo eterno del Verbo en el seno de la Trinidad.

Ella constituye la conversación sencilla del hijo de la tierra con el Padre del cielo. En ella y por ella nos unimos a nuestros hermanos en el misterioso vínculo de la Comunión de los Santos.

Lo que la Iglesia ante todo nos pide es el que seamos hombres de oración. Se precisa la acción, pero se necesita aún más la oración.

Sed hombres de oración, no descuidando vuestra oración mental cotidiana. Dadle a la oración mental el primer lugar en vuestra vida. Somos los permanentes de la oración. Los delegados de la Comunidad ante Dios. "¿Sacerdos, si tu non oras, quis orabit?" (3), dice S. Bernardo.

Rezad con devoción vuestro breviario. Yo os pido un examen detenido sobre el oficio divino. ¿Lo dejamos con facilidad? ¿Lo recitamos con piedad? ¿Lo colocamos en el lugar que la Iglesia quiere que ocupe en nuestra vida sacerdotal?. Es la "alabanza divina", la "laus perennis" (4), la "obra

(1) Mensaje a los sacerdotes de la Diócesis de Talca al término del Retiro Espiritual de comienzos de año.

(2) Tr.: "En tus manos, Señor, entrego mi alma", *Lc.*, 28, 46.

(3) Tr.: "Sacerdote, si tú no oras, ¿quién orará?".

(4) Tr.: "Alabanza perpetua".

de Dios". No olvidéis las palabras de la regla de S. Benito: "operi Dei nihil praeponatur" (5).

A veces oigo decir: "no somos monjes". Es verdad; nuestra vida no es contemplativa, sino mixta. Pero ¡ay de nosotros y de nuestras obras si descuidamos la función primera del sacerdote: glorificar al Señor!

Otras veces oigo decir: "el breviario es muy largo. Hay mucho que hacer". Sí; hay muchísimo que hacer, pero la virtud primera nuestra es la de religión; nuestro primer deber es consagrar el mundo a Dios. Ordenar toda nuestra vida y el universo a la gloria de Dios constituye nuestra vocación suprema.

"ORATE FRATRES".

Que nuestra Misa sea cada día la más alta obra de contemplación. Preparadla en la oración mental. Celebradla en un espíritu de profunda devoción. Pensemos que por el Sacrificio de la Cruz que la Misa renueva somos salvados y santificados. Demos la debida acción de gracias.

El pueblo creará en la importancia de la Misa al darse cuenta del aprecio que nosotros tenemos por ella.

ORAD HERMANOS al través del día, "buscando siempre el rostro del Señor " (6). "Caminad en Su presencia y sed perfectos" (7). Tened una mirada profunda que al través de las mil cosas pequeñas os haga constantemente contemplar a Dios.

"Tales son los adoradores que el Padre busca. Dios es Espíritu y los que lo adoran deben adorarle en espíritu y en verdad" (8).

Cristo está presente en nuestros Sagrarios. Sepamos encontrar cada día un tiempo más o menos amplio para adorar a Jesús Sacramentado. Al pie del Sagrario nuestras penas se disipan, nuestras fuerzas decaídas se rehacen, y vamos lentamente aprendiendo la dulce intimidad con Jesús.

La oración nos da la sencillez de la mirada interior. Ella nos hará gustar la palabra del Evangelio: "quien no recibe el Reino de Dios como niño, no entrará en él" (9).

I.— *Orate Fratres*

La lectura de la palabra de Dios es oración. Dios nos habla de diversas maneras. Dios nos habla porque quiere unirse con nosotros. Hay que oír su voz. "Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan" (10).

El sacerdote es el ministro de la palabra de Dios. Pero antes debe nutrirse de ella. "Toma este libro y cómelo" (11) dijo el Señor en el Apocalipsis. Cada día medita la palabra divina. Ella es "luz para nuestros pasos y antorcha para nuestros senderos" (12).

(5) Tr.: "Que nada se anteponga a la obra de Dios".

(6) Sl. 104, 4.

(7) Gn. 107, 1.

(8) Jn. 4, 23.

(9) Mt. 19, 13 y 15.

(10) Lc. 11, 28.

(11) Ap. 10, 9.

(12) Sl. 118.

ORATE FRATRES.— Orad hermanos sacerdotes. Este mundo no será salvado ni por sociólogos, ni por sabios, ni por políticos, sino por la capacidad de oración que sepamos despertar en torno a nosotros.

Hay que ser hombre de oración para poder creer en la fuerza de lo sobrenatural, y para despertar en los hombres la convicción de que “si el Señor no edifica la casa en vano trabajan los que la construyen” (13).

II.— *Amate Fratres*

El mundo será renovado por la caridad. Hay exceso de egoísmo y exceso de odios. Ambos llevan al mundo a su ruina. Un Cristianismo sin amor no es Cristianismo. “El que no ama permanece en la muerte porque Dios es amor” (14).

Hay que amar al hermano. Los católicos con frecuencia se dividen y dan el escándalo público de sus disensiones internas. Hay que unir a los católicos, pero no en lo que es opinable y separa sino en lo que es necesario y reúne. Hay que avivar el espíritu de fraterna caridad. “En esto conocerá el mundo que sois mis discípulos; en vuestra mutua caridad” (15).

¿Damos ese signo? ¿Podrán los no creyentes decir de nosotros “mirad como se aman estos cristianos”? Hay que predicar sin cansancio la caridad. La insignia que distingue al cristiano es la caridad. El sacerdote ha de ser el heraldo de la caridad de Cristo.

Amad a todos. A pobres y ricos. A sabios e ignorantes. A pecadores y justos. Amad sobre todo a los que más necesitan amor; los pobres, los miserables, los abandonados. “En el último día de la vida seremos juzgados en el amor” (16).

III.— *Amate Fratres*

La caridad es respeto. Respeto a la persona humana y sus derechos inalienables. Respeto al que tiene una ideología diversa a la nuestra. “Odiad el error pero amad al que yerra” (17). El mejor argumento será siempre la caridad. Respeto a la opinión ajena. No condenar lo que la Iglesia no ha condenado. No erigirse en juez de sus hermanos. Es fruto de la ignorancia, de un apego excesivo a la letra y de una falta de confianza en la fecundidad y solidez de la doctrina el hecho de denunciar como falsa toda tesis o posición de alguna novedad, toda actividad que desconcierte las costumbres o estorbe las rutinas (18).

“Hermanos, cuando uno sea sorprendido en falta, vosotros que sois espirituales, repreendedle con espíritu de mansedumbre. Y que cada cual cuide de sí mismo. Tú también puedes ser tentado... Si alguno se cree ser algo siendo así que no es nada, se engaña a sí mismo. Que cada cual examine su propia obra... porque cada cual tiene su propia carga que llevar” (19).

(13) *Sl.* 126.

(14) *I Jn.* 4, 8.

(15) *Jn.* 13, 35.

(16) S. Juan de la Cruz.

(17) S. Agustín.

(18) Cfr. Consejo de Vigilancia de la Diócesis de Lille.

(19) *Ga.* 6, 15.

Amad hermanos. Como sacerdotes sois pastores. El signo de nuestra vida pastoral ha de ser la caridad. Que jamás haya en nuestro ministerio palabras duras, actitudes rígidas, intransigencias cerradas. Que todos vean en nosotros la sombra del Buen Pastor. El que conduce al rebaño y lo defiende. El que busca la oveja perdida y deja a las 99 fieles por ella.

Yo os insisto en esto. No nos constituyamos solamente en pastores de las almas buenas, sino también de las que están fuera. "No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la Casa de Israel" (20).

No nos encerremos en grupos reducidos por más buenos que ellos aparezcan.

IV.— *Amate Fratres*

Amad a los que están lejos. Al que nos desconoce, al que nos odia, al que habla mal de nosotros. Al que nos ignora. Si la caridad no es amplia no es verdadera caridad.

"Si amais a los que os aman ¿qué recompensa tendréis? ¿no hacen esto también los publicanos?. Y si saludáis solamente a vuestros hermanos ¿qué hacéis de más? ¿No hacen eso también los gentiles?" (21).

Amad como Cristo. "Porque si vuestra justicia no es superior a la de los escribas y fariseos no entraréis al reino de los cielos" (22).

Amad con caridad pastoral —AMATE FRATRES— No es ilusionéis ante una iglesia repleta o una procesión numerosa. Pensad con angustia de padre en los que faltan. Es el mayor escándalo de nuestro siglo, los obreros que se han alejado de su madre la Iglesia. En las juventudes que crecen sin fe, con una concepción laica de la vida. En los jóvenes de nuestras escuelas, colegios y catecismos, que quizás por nuestra falta no perseveran en tan grande número. En tantos ricos que quieren hacer con su dinero un paraíso en la tierra. En los comunistas seducidos por una falsa ideología materialista. En los que, quizás por no haberles mostrado suficientemente el Evangelio de Cristo, han ido a buscarlo fuera de la Iglesia "columna y fundamento de verdad" (23).

Amad hermanos, ese mundo que se forma sin nosotros y al cual debemos a impulsos de la caridad tratar de llegar.

No seamos los eternos plañideros de nuestro tiempo. En vez de estar llorando sobre recuerdos idos, amemos este tiempo para llevarlos a Dios.

V.— *Amate Fratres*

La vida sacerdotal es bella y es fecunda en la medida que se sabe amar. El amor pastoral se llama celo. Es el que consumió el corazón de Cristo. Fue la sed de su agonía. Hemos de tener igual sed. Hay que aprender a llorar sacerdotalmente sobre los pecados del mundo como Cristo lloró sobre Jerusalén.

(20) Mt. 15, 24.

(21) Mt. 5, 46 y ss.

(22) Mt. 5, 20.

(23) 1 Tm. 3, 15.

Hay que pensar en las mieses lejanas que amarillean y que carecen de segadores. ¿Qué hacemos por las vocaciones sacerdotales?

Hay que sentir la sed de Dios que atormenta a las almas, a veces inconscientemente, para llevarles el agua de salvación.

AMATE FRATRES. La salvación fue una obra de amor. La salvación continúa en nosotros. Hay que amar para salvar.

La redención fue amor hasta el dolor "porque sin efusión de sangre no hay redención" (24).

Hay que saber sufrir por las almas y sobre todo sufrir por la Iglesia. La mayor gracia que el Señor puede hacernos es el participarnos de su Cruz. Cuanto más participamos de ella, mejor salvamos.

Amad hermanos hasta el dolor. Vuestro amor será tanto más puro cuanto más haya sido purificado de escorias en el fuego de la tribulación.

Que vuestra caridad sea universal y constante. Que nunca el desaliento o la amargura entren en nuestra vida. Así nuestro amor será auténtico, nuestro celo perseverante y nuestra misión fecunda.

VI.— *Vigilate Fratres*

Sois los conductores del pueblo de Dios que camina hacia la patria definitiva. Sois los constructores de la ciudad celeste. Sois los defensores del arca de la alianza eterna.

La vigilancia no es algo policial o negativo. Es una posición despierta, ágil y activa.

Es mirar el mundo de hoy y comprender sus problemas. Es estar presente a su crecimiento. Es orientar sus inquietudes y afanes.

Hay que velar como el vigía sobre el muro de la ciudad dormida escrutando la aurora que se aproxima.

Hay que velar como el padre de familia cuidando que los ladrones de la noche no roben la heredad.

Hay que velar mientras Cristo en su Iglesia suda sangre de amargura y acompañarlo en Su oración del Huerto que continúa.

Qué jamás pueda El hacernos el amargo reproche a los apóstoles dormidos: "¿No pudisteis velar conmigo ni siquiera una hora?" (25).

Velar es estar alerta. Velar es la predicación constante de la verdad.

Hay que evangelizar. El mal más grave nuestro es la ignorancia religiosa. Esa ignorancia hace posible la penetración protestante, la infiltración comunista y la carencia de sentido de Iglesia dentro de nuestros mismos católicos.

No se trata sólo de *enseñar*, sino, sobre todo de *transmitir la fe*, de ilustrarla, profundizarla y vitalizarla.

Esa ignorancia ha hecho posible el catolicismo débil y anémico de muchos. De ahí nace como fuente primera la escasez de vocaciones, el bajo nivel de costumbres, la falta de sensibilidad social, la ausencia de sentido jerárquico.

Hay que evangelizar por la enseñanza del Evangelio. Es triste que sean las sectas las que aparecen como las grandes difusoras del Evangelio. Es doloroso, pero al mismo tiempo escandaloso oír decir: "hasta que no me

(24) *Hb.* 9, 22.

(25) *Mt.* 26, 40.

hice protestante no conocí el Evangelio". Podrá haber en ello exageración, pero hay un fondo de verdad que exige de nosotros meditación y examen de conciencia pastoral.

Hay que predicar sin descanso. Pero predicar el mensaje de Cristo. "Todo el Evangelio y sólo el Evangelio" decía S. S. Benedicto XV.

Hay que predicar a Cristo. Su vida, su obra, su enseñanza, su llamado.

Hay que predicar su moral, pero no como algo negativo o como un formulario de recetas, sino como la respuesta amorosa del hombre al llamado de infinita caridad de Dios.

Hay que predicar la Iglesia. Mostrarla como el Cuerpo Místico de Cristo y la continuación de Su misterio redentor.

Nuestra predicación ha de ser un anuncio, "el kerygma" del reino de Dios: "Dios ha visitado a su pueblo" (26). "Se acerca a vosotros el reino de Dios" (27).

Hay que mostrar el hecho de la redención. Contar en sus episodios maravillosos, de Adán hasta nuestros días, la historia de la salvación. Al través de ella hay que hacer ver que Dios nos ama, que nos amó tanto que nos dio a su Hijo, y nos llamó para que camináramos en Su presencia como sus hijos muy amados.

Hay que evangelizar por el Catecismo. Falta mucha catequesis. Es deber grave de los párrocos el preocuparse en primer lugar de esta labor. Es el trabajo fundamental, anterior aún a la sacramentación. Si se descuida el Catecismo estamos preparando a corto plazo una generación de incrédulos y paganos.

Catecismo en las escuelas católicas bien hecho. Con frecuencia vemos salir de ellas juventudes sin un sentido cristiano de la vida. La escuela católica es para formar católicos, para darle hijos a la Iglesia, para orientar hacia un cristianismo auténtico e integral. No basta con "pasar" el examen de Religión. No se trata de sacar "alumnos aprobados" sino creyentes; hombres de fe y de caridad, con un cristianismo adulto capaz de enfrentar el paganismo del ambiente.

Catecismo en las escuelas fiscales. No debe quedar una escuela fiscal sin enseñanza religiosa. Podemos enseñar en ellas. Podemos formar seglares para que cooperen a esta obra. La Diócesis tiene desde hace 15 años un Hogar Catequístico con este fin.

Catecismo de primera Comunión y Confirmación. No basta con que muchos niños comulguen. Es necesario que perseveren. Para muchos su Primera Comunión es su penúltima. Después..., mucho después, vendrá el Viático. En medio queda una vida al margen de la Iglesia. Menos exterioridades en la primera Comunión y más doctrina.

Catecismo de adultos. Hay que preparar al matrimonio. Hay que enseñar los deberes profesionales. Hay que darle al hombre de hoy la respuesta cristiana a sus inquietudes. Si no se las damos nosotros en nombre de Cristo, se la darán otros en nombre de Marx.

(26) Lc. 7, 16.

(27) Lc. 10, 9.

VII.— *Vigilate Fratres*

Velad hermanos.

Velar es la defensa de la justicia. Hay muchas injusticias sociales. No podemos ser cómplices de ellas. La justicia social para nosotros no se encarna en partidos políticos. No es campo que nos pertenece. Tenemos que estar fuera y sobre todos ellos. La política es una tarea noble y necesaria, pero pertenece a los seculares. Ellos deben realizarla bajo su propia responsabilidad.

Pero a nosotros corresponde predicar la doctrina social del Cristianismo que no es patrimonio de partidos políticos, sino es "necesaria y obligatoria" a todo católico que quiera llamarse tal y ser fiel hijo de la Iglesia. Lo que a nosotros nos corresponde especialmente, es la enseñanza de los principios sociales, la doctrina, las normas de la Iglesia para que los seculares las realicen. Lo que constituye nuestra misión no es tanto una labor técnica en lo social, que compete mejor a los laicos, cuanto formarles la sensibilidad social, la inquietud ante los problemas sociales, y el amor grande al pobre.

"Beatus qui intelligit super egenum et pauperem" (28). Bienaventurados los que tienen el sentido del pobre. No olvidéis las palabras de Cardijn "La Iglesia sin los pobres no es la Iglesia de Cristo".

VIII.— *Vigilate Fratres*

Hay que velar sobre la construcción del mundo nuevo de hoy, despertando en todo el sentido apostólico de su vocación cristiana.

Nuestra ausencia del mundo que se forma sería fatal. No olvidéis la palabra de Pío XII: "es por medio de la conciencia del laico como la ley divina se inscribe en la ciudad terrestre".

Hay que formar al laicado en sus responsabilidades apostólicas. Darles la conciencia de su presencia apostólica en el mundo de lo temporal. Hay que promover en ellos la angustia interior ante un mundo que no observa la ley de Dios y vive fuera de las exigencias de la justicia y de la fraternidad.

IX.— *Vigilate Fratres*

Para eso dad a la Acción Católica toda su importancia. Una parroquia sin Acción Católica es una parroquia que se repliega sobre sí misma y está condenada a languidecer. Sin Acción Católica no hay sentido misional. Sin sentido misional el Cuerpo Místico de Cristo no se dilata y extiende. El sacerdote no puede mirar la Acción Católica especializada como una obra facultativa sino como un organismo necesario (29).

(28) *Sl.* 2, 2.

(29) Pío XI: *Quadragesimo Anno*; Pío XII al Episc. Fr.: 1945.

X.— *Vigilad Hermanos*

Hay que avivar en toda la Iglesia un gran espíritu misional. El patrimonio cristiano se defiende amando las almas y procurando su redención. "Dios no ha enviado su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvo por El " (30).

La guerra de trincheras termina siempre en derrota. Es una gran ofensiva apostólica, un gran impulso misional, una poderosa corriente evangelizadora los que nos salvarán.

XI.— *Velad Hermanos*

Es la Iglesia la que salva; no nosotros. Hay que hacer vivir el misterio de la Iglesia. Dar el sentido de la comunidad eclesial. La Iglesia que ora. El pueblo tiene que vivir y participar de la liturgia. La comunidad orante nos lleva a la comunidad apostólica y a la comunidad fraterna.

El Comunismo no será vencido por el individualismo que ha sido su causa, sino por la comunidad. Pero comunidad orgánica, viviente, santificadora, el misterio de la Iglesia —"ECCLESIA"—, reunión - vivido por los miembros de la comunidad.

La parroquia no puede ser simple oficina, ni despacho de documentos, sino la comunidad en la tierra de los hijos de Dios que oran, se aman fraternalmente y anuncian en sus ambientes el reino de Dios.

Velad para que las rutinas no hagan de nuestro ministerio apostólico una actividad burocrática. Para que el espíritu del mundo no contamine vuestra acción. Para que el pesimismo no os apoque o detenga en vuestra marcha. Para que no creamos con exceso en los medios humanos o personales y olvidemos que nuestra acción fructifica en la medida en que refleja y realiza la realidad de la Iglesia; comunidad que ora —comunidad que salva—, —comunidad que ama—.

XII.— *Orate Fratres*

Amate Fratres —Vigilate Fratres—.

Tal es, amados sacerdotes, mi palabra en estos momentos.

Mi querido Obispo Auxiliar os ha predicado con ciencia y unción este retiro. El os ha dicho muchos mejor que yo lo que yo hubiera deseado expresaros (31).

No quería, sin embargo, estar ausente. Sabéis bien lo que vosotros significáis para mí. Entre las muchas gracias con que el Señor sin merecerlo me ha favorecido, está el Clero de esta Diócesis de Talca, "gaudium et corona mea" (32).

Por eso os he dicho estas palabras que resumen un programa y nos dan las líneas fundamentales del sacerdote que la Iglesia de hoy necesita; hombres de oración, hombres de caridad, hombres de acción.

(30) *Jn.* 3, 17.

(31) Mons. Bernardino Piñera.

(32) *Tr.*: "Mi gozo y mi corona", *Flp.* 4, 1.

Para esto he repetido la palabra de Pío XII antes de subir al Supremo Pontificado:

“ORATE FRATRES — AMATE FRATRES — VIGILATE FRATRES”.

Y cuando los años pasen y el tiempo haya ido realizando su obra inexorable, quisiera que siempre siguiera resonando para vosotros este programa de vida y de acción sacerdotal;

— O R A R — A M A R — V E L A R —

No es ésta la síntesis del Evangelio y la línea profunda de la acción pastoral?

EJERCICIOS ESPIRITUALES Y RETIROS MENSUALES
(IV-1959)

Estimado señor y amigo:

I.— Sabida es la importancia que los Ejercicios Espirituales tienen en la vida sacerdotal. Es obligación del Obispo el velar por la asistencia del Clero a ellos y por la forma como estos ejercicios se desarrollen. En los últimos años se han notado en la Diócesis varias deficiencias a este respecto: v. gr., sacerdotes que no asisten ni excusan su inasistencia; otros que llegan con retardo y se ausentan antes del término; salidas a la ciudad durante los ejercicios, etc. Faltaría a mi deber si no procurara corregir y evitar estos defectos señalados, por lo cual vengo en disponer lo siguiente:

1) Los Ejercicios Espirituales del Clero de la Diócesis, salvo casos excepcionales, tendrán lugar la última semana de Febrero (en 1960 del 22 al 26);

2) La asistencia es *obligatoria para todo el clero* diocesano, quien deberá con tiempo prever esta ausencia de su parroquia u obras y anunciarla a los fieles. Los sacerdotes que están legítimamente impedidos, deberán hacerlo saber al menos quince días antes;

3) Los ejercicios comenzarán el *día lunes, a las 6 P. M.* y terminarán el viernes a la misma hora. El Clero deberá encontrarse sin falta el lunes a la hora indicada en la Casa de Ejercicios "Regina Pacis". Se ha postergado la entrada hasta la tarde del lunes, para facilitar la llegada a todos los sacerdotes. Por este motivo no se acepta la llegada después del día y hora establecido;

4) Fuera del predicador, el Prelado nombrará un Director del Retiro, quien tendrá a su cargo proveer a los diferentes oficios litúrgicos, lectura espiritual, etc.,

El silencio en el Retiro es estrictamente obligatorio. Todos los días después del almuerzo, habrá una mesa redonda con temas espirituales o pastorales, con participación de todos los ejercitantes;

6) Nadie puede ausentarse, aún temporalmente de la Casa de Ejercicios durante el Retiro, sin permiso expreso del Director; y

7) Se celebrará todos los días, a las 12, una Misa de Comunidad. Las Misas privadas deberán terminarse antes de las 9. Habrá igualmente una hora de adoración ante el Santísimo por la tarde.

Como usted comprende, estas disposiciones se toman en el espíritu de rodear a los Ejercicios de la seriedad e importancia que tienen en la vida sacerdotal. Si algunas disposiciones pueden parecer excesivamente detalladas, responden a la necesidad de remediar inconvenientes que se han notado y procurar que los Ejercicios se realicen en un ambiente de silencio y oración. Son numerosos los sacerdotes que en privado han expresado al suscrito el deseo de que los Ejercicios se realicen en este ambiente.

II.— Retiros Mensuales

Fruto de la conversación del Clero asistente al Retiro de 1959 con el Excmo. Sr. Obispo Auxiliar, son las determinaciones que a continuación se establecen sobre reuniones mensuales del clero de la Diócesis de Talca:

Se preparará cada año, con ocasión de los Ejercicios Espirituales del Clero, una Efeméride de las reuniones que se llevarán a cabo de Marzo a Marzo.

En principio habrá para el Clero una reunión *mensual*, salvo diciembre, enero y febrero. De las 9 reuniones previstas, 4 serán *generales* para todo el Clero de la Diócesis y tendrían lugar en Talca y 5 serán *regionales* y tendrían lugar en Talca, Curicó y Santa Cruz.

Las reuniones generales serían las siguientes:

- 1) Ejercicios Espirituales: última semana de febrero.
- 2) Fiesta de San Pelayo: Miércoles 24 de junio.
- 3) Fiesta del Santo Cura de Ars: 11 y 12 de agosto.
- 4) Miércoles 14 de octubre.

El programa será el siguiente:

11 A. M. Meditación.

12 Misa.

1 P. M. Almuerzo.

2,30 a

4,30 Reunión.

El tema será el Pastoral, en particular de los aspectos de Sociología Religiosa y Pastoral de Conjunto que interesen a todo el Clero. Podrá ser también de Moral o Liturgia.

Para el 24 de Junio: Catequesis.

Para el 11 y 12 de Agosto, Jornadas Sacerdotales en celebración de la muerte del Santo Cura de Ars. *Tema:* 1) La Parroquia que hoy necesitamos, 2) Espiritualidad del Párroco.

Para el 14 de Octubre: Misiones.

Las *Reuniones Regionales* tendrán lugar los 2dos. *Miércoles* de los meses de Abril, Mayo, Julio, Septiembre y Noviembre, vale decir:

8 de Abril

13 de Mayo

8 de Julio

9 de Septiembre

11 de Noviembre.

Para el efecto de estas reuniones, las Parroquias se agruparán por regiones en la misma forma en que lo están para las Federaciones de ACR. (1). Las reuniones se harán en Talca, Curicó y Santa Cruz, bajo la responsabilidad y dirección del Vicario Foráneo, Mons. Labarca, Mons. Garcés y Pbro. Valderrama, asistido por un secretario. Ellos también se encargarán de la citación respectiva y preparar todo lo concerniente a la reunión. Confiando que estas disposiciones ayuden eficazmente al desarrollo de la vida espiritual del Clero y al estudio y solución conjuntas de los problemas pastorales, tengo el agrado de suscribirme de usted como su Afmo. amigo y Prelado.

(1) Circular dirigida al Clero.

(1) A. C. R.: Acción Católica Rural.

C R I S I S S A C E R D O T A L
(RENATO POBLETE BARTH, S. J.)
P R O L O G O (1)
(I-1965)

Hace ya más de 20 años, un jesuíta chileno escribía una obra que produjo profundo revuelo en nuestra patria. El título del libro era "*¿Es Chile un país católico?*". Su autor se llamaba el Padre Hurtado.

El tiempo ha corrido, como siempre, veloz. Los problemas de Chile han cambiado en muchos aspectos. Un hondo cambio social y pastoral se ha realizado. Pero el problema que movió al Padre Hurtado a escribir su libro subsiste como un tremendo interrogante: ¿la Iglesia de Chile es capaz de abastecerse apostólicamente a sí misma?; los cambios presentes y futuros ¿encuentran a esa Iglesia pronta a responder al llamado de los tiempos nuevos?

La respuesta a esta pregunta está íntimamente ligada al problema vocacional.

De ahí que otro jesuíta, el Padre Renato Poblete, cuya vocación apostólica nació al contacto del alma inflamada de celo del Padre Hurtado, haya querido presentar de nuevo este problema.

Lo hace especialmente bajo el aspecto sociológico, que es su especialidad. Pero lejos de ser un frío estudio de investigación, palpita a través de cada una de sus páginas la inquietud misionera que inflamó hasta consumirlo el corazón de su Maestro.

Es un libro que debe ser leído y meditado por todos. Por el clero y por el laicado. Por el clero que debe ponerse ante este examen: ¿qué he hecho para que mi sacerdocio se prolongue en otro, como el del P. Hurtado se prolongó en el del P. Poblete? Para el laicado. Si el Vaticano II incorpora plenamente al laicado en la misión apostólica de la Iglesia es para que participe de todos sus problemas y en primer lugar en el más angustioso para Chile; la escasez de sacerdotes.

Este libro se necesitaba. No basta promoción temporal para un país. Ella exige al mismo tiempo ese "suplemento de alma" de que hablaba Henri Bergson.

Los problemas hay que enfrentarlos, aunque esto exija sacrificios.

Es el mérito de esta obra. Ella nos llama a todos a responder a la angustia que Cristo expresara:

"La mies es mucha y los obreros escasos".

Quiera el Señor que el estudio sereno y profundo del problema expresado en estas páginas, nos traiga el sentido agudo de nuestra responsabilidad frente a él.

(1) Este libro del P. Poblete, que prologa Mons. Larraín, está editado en Santiago, Ed. del Pacífico, 211 p.

SACERDOCIO Y VATICANO II (1)
Alocución al Clero de la Diócesis

Mis amigos:

Al finalizar los Ejercicios Espirituales, he tratado, casi todos los años, de hablar a mi Clero. Lo he hecho siempre con el sentido de cumplir una grave responsabilidad.

Hoy pongo un especial acento en mis palabras.

De una parte, sé que los años pasan, "et tempus resolutionis meae instat". De otra parte, tengo la conciencia que la hora de la Iglesia y del mundo exige a los pastores hablar con especial claridad.

Trataré de hacerlo, tomando como tema "*la puesta en práctica del espíritu y de las orientaciones conciliares*".

I.— *El Vaticano II*

Ante todo, demos una mirada al Concilio y lo que debe significar para el sacerdote. Es un momento de meditación, de incertidumbre y de decisión.

1) *El Concilio es un momento de meditación*

La Iglesia se define a sí misma. La Iglesia se abre al diálogo con las otras Iglesias, cristianas y no cristianas. La Iglesia estudia la manera de hacer realidad su presencia eficaz en el mundo actual.

Todo esto exige estudio y meditación.

Si del Concilio va a tenerse únicamente la visión trunca, y no siempre exacta, dada por la mayoría de la prensa, o el aspecto anecdótico que puede ser pintoresco, pero que no refleja su verdadero rostro, vamos a pasar inconscientes sobre una de las más grandes manifestaciones del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia.

El Salmista dice que el justo defeccionó "porque fueron disminuídas las verdades entre los hijos de los hombres".

La Iglesia no conocerá la renovación que el Concilio promueve, si este mismo no constituye un tema central de meditación y estudio para el Episcopado y el Clero.

2) *El Concilio es un momento de incertidumbre*

Quiero subrayar esta palabra.

El Concilio nos hace mirarnos en el espejo del Evangelio y contemplarnos ahí a nosotros mismos.

(1) Stgo., Ed. Claret (1965), 27 p.

Esto, naturalmente, produce cambios. No en la estructura fundamental de la Iglesia, pero sí, profundos, en su actitud pastoral.

De ahí la incertidumbre de muchos.

De los que, sin darse cuenta, confundiendo lo accidental con lo esencial, se sienten desorientados. "Nos están cambiando la religión", se oye decir con frecuencia.

De otra parte, no faltan quienes piensen que este "ponerse al día" debe llevar a la revisión total de la disciplina eclesiástica, y creen que las leyes canónicas están ya fuera de tiempo y de uso, colocándose ante un dilema, uno de cuyos términos habría necesariamente que excluir.

No existe tal dilema.

Como bien dice el Padre Congar o. p. "la Iglesia no es estructura o vida, institución o comunidad, jerarquía o fraternidad, sino estructura y vida, institución y comunidad, jerarquía y fraternidad; el dilema que se pretende establecer se convierte y sublima en una síntesis. No es exacto que cada uno de estos aspectos represente una mitad de la verdad, que tendría necesidad de ser equilibrada por otra media verdad. Esta dialéctica de la insuficiencia expresaría una insuficiencia de pensamiento..." que es imprescindible evitar.

De ambas posiciones brota una incertidumbre que podría convertirse en un doble peligro. De una parte, una desinteligencia de los signos de Dios, que puede transformarse en esclerosis o integrismo. De otra parte, un olvido de las leyes vitales del desarrollo que toda institución exige, lo que podría conducir o a la anarquía o a peligrosas desviaciones.

La incertidumbre debe en ambos casos ser superada por un sentido hondo de la Iglesia, por una visión dinámica de la historia, por una atención fiel a la acción del Espíritu Santo, y por una lealtad constante a la autoridad establecida en la misma Iglesia.

Integrismo y progresismo, son dos desviaciones igualmente peligrosas y que en el fondo proceden del olvido de un principio fundamental del Cristianismo, "Credo Ecclesiam".

3) *El Concilio es, en tercer lugar, un momento de decisión*

El Vaticano II, se ha dicho muchas veces, es principalmente un Concilio pastoral. Esto significa que el Concilio coloca a la Iglesia frente a la manera como debe presentar su mensaje.

Todo el Concilio está animado de un gran soplo misionero.

La Iglesia sabe que el mundo espera de Ella una respuesta y que el Concilio la empuja a buscar una presencia eficaz en el mundo de hoy.

Esta presencia debe realizarse en un *doble nivel*; el de las relaciones en el *terreno religioso*, y el de las incidencias en el *terreno temporal*.

Por ahora, sólo quiero insistir en esta idea, el Concilio exige a todos *decisión*.

Si los Obispos, por evitarnos situaciones difíciles, no tomamos decisiones en orden de hacer realidad lo que el Concilio exige, habremos descuidado un grave deber pastoral del cual debemos dar cuenta al Señor.

Si los sacerdotes, por temor o rutina piensan que todo debe permanecer igual y no hay una revisión pastoral y personal que hacer a la luz del Concilio, habrán sido infieles a la misión que la Iglesia les ha confiado.

Si, de otra parte, se pretende que el Concilio debe poner en revisión los puntos fundamentales de la vida espiritual, de la disciplina eclesiástica,

o de las líneas esenciales de la pastoral, se estaría, sin quererlo quizás, traicionando el espíritu del mismo Concilio.

El Concilio es un momento de decisión, para pastores, clero y fieles. El pecado más grave del pueblo escogido y por el cual lloró Jesús "fue el de no haber conocido el tiempo de su visita".

El Concilio es una hora de Dios. Es un tiempo de su visita. Y es un momento de decisión que nos repite a todas las palabras del Salmista: "Hoy si escuchareis la voz del Señor no endurezcáis vuestros corazones".

II.— *Triple finalidad del Concilio*

Es menester que esta triple finalidad esté muy clara ante nuestra mirada. Por esto, aunque sea en forma muy sucinta, la recordamos.

1) La primera finalidad es la *renovación interior de la Iglesia*. No nos choque la palabra renovación. Porque la Iglesia es un cuerpo viviente que debe crecer "hasta la estatura del varón perfecto", porque es el pueblo de Dios que avanza en la historia, porque en su etapa peregrina no ha llegado aún a la consumación final, "Ecclesia semper in reformatione". Así como han existido falsas reformas, así siempre ha permanecido una verdadera; la que la misma Iglesia, por sus órganos autorizados, se impone.

Esa reforma se expresa especialmente en la Constitución "de Ecclesia".

Un sacerdote que no ha hecho de esa Constitución un tema de estudio y de meditación no podrá comprender lo que el Concilio le exige.

Ella ha de significar para cada uno de nosotros una seria y honda revisión de vida sacerdotal y pastoral.

Recordemos sus puntos principales.

En primer lugar, se nos presenta el misterio de la Iglesia, pueblo de Dios. La Iglesia es el misterio de Cristo Redentor continuado y aplicado al mundo. El pueblo de Dios es la expresión histórica de la Iglesia como nueva y definitiva alianza. En ella culmina la historia de la salvación.

Enseguida se nos muestra la Constitución Jerárquica de la Iglesia que instauro en su seno un ministerio de origen divino en el Primado Pontificio y en el Colegio Episcopal. En esta luz, como señalaremos más adelante, se contemplan las perspectivas sublimes del ministerio sacerdotal. Al mismo tiempo, se destaca la participación que el laicado tiene, en su condición secular, en la misión propia de la Iglesia.

Como conclusión de esta visión de la Iglesia aparece el llamado universal a la santidad dirigido tanto al conjunto del cuerpo como a cada uno de sus miembros. La caridad única de Dios se comunica a todos como don y como precepto imperativo.

El ministerio de la Iglesia, cualquiera que sea, debe llevar en último término a la unión del hombre con Dios "Yo he venido a que tengan vida, y a que la tengan en abundancia".

2) La segunda finalidad del Concilio es el acercamiento entre todos los cristianos.

El movimiento ecuménico debe desde hoy entrar en el centro de la actividad pastoral y en el sentir interno de cada cristiano.

Sin embargo, es menester confesarlo, la actividad ecuménica aún no es familiar a la mayoría de los católicos.

Es necesario, eso sí tener muy claros y precisos los principios y el espíritu que informan un verdadero ecumenismo.

El principio es la unidad de la Iglesia. Esa unidad es un don de Dios, un signo y una misión.

El ecumenismo debe poner en nosotros una mirada nueva hacia los otros cristianos que conservan bienes del patrimonio común.

El movimiento ecuménico, tal cual sale del Concilio, no es una confederación de las confesiones cristianas existentes, sino el deseo sincero de hacer realidad la plegaria suprema de Cristo: "Que sean uno". Cristo quiere la unidad de todos los que en El creen.

3) La tercera finalidad del Concilio es hacer eficaz la presencia de la Iglesia en el mundo actual.

La Iglesia ha sido hecha para llevar al mundo la redención. El mundo a su vez se recapitula en la Iglesia. (Cf. Ep. ad Eph.).

La presencia de la Iglesia al mundo se realiza en un doble nivel; el de las relaciones en el terreno religioso y el de las incidencias en el terreno temporal.

Hay un trabajo de expansión misional y otro de colaboración en el sector humano temporal.

¿Cómo hacer presente a la Iglesia ante el mundo de hoy? Es el problema que se pone ante el Concilio y que éste a su vez nos pone ante nosotros.

La respuesta es la acentuación cada vez más fuerte del sentido misional de la Iglesia. Pertenece a una Iglesia en estado de misión. El deber misional incumbe a todos los fieles. El pueblo de Dios avanza con la historia. Sacerdotes y laicos pertenecen a una Iglesia que por su naturaleza misma es misionera.

Para realizar esa vocación la Iglesia necesita el contacto con el mundo. La Encarnación envuelve consigo una misión universal; realizar la unidad de la familia humana uniéndola con el Padre.

III.— *Estas consideraciones generales han de llevarnos a realizaciones concretas*

¿Cómo poner en práctica el espíritu y las orientaciones del Concilio? Esto exige una condición previa; el diálogo del Obispo con su Clero.

He tratado, en mis largos años de episcopado, de mantenerlo vivo con el clero, religiosos y religiosas.

Hoy sin embargo, veo que de mi parte debo hacer un esfuerzo mucho mayor a fin de que ese diálogo gane en profundidad, en comprensión y en cordialidad.

De las deficiencias, que por mi culpa hayan existido en este terreno, pido humildemente perdón.

A mi vez, pido al clero, haga también un esfuerzo para hacer posible estos propósitos.

Se que a veces no es fácil conciliar la autoridad con la fraternidad.

Se que no siempre es posible satisfacer todo lo que se solicita.

Se también, por experiencia, que autoridad y soledad, se encuentran con frecuencia unidas.

Pero es necesario que de ambas partes, crezca una voluntad de diálogo que haga posible el llamado insistente de Juan XXIII al convocar al Concilio y las iluminadas palabras de Paulo VI en su Encíclica "Ecclesiam Suam".

El diálogo entre el Obispo y su Clero, es la expresión viviente y céntrica de la Iglesia considerada como una comunión.

La estructura de la Iglesia es a la vez comunitaria y jerárquica.

La Iglesia es un pueblo reunido alrededor de Cristo. Toda su actividad se orienta hacia un fin; la comunidad viviente de los hijos de Dios.

La función jerárquica es necesaria para realizar esta reunión. Por ella Cristo ejerce su influencia sobre sus miembros, les dirige la palabra, los santifica y los guía en su existencia cristiana.

De ahí la necesidad de esta unión entre el Clero y el Obispo.

Los sacerdotes dondequiera que actúen sacerdotalmente son una presencia del Obispo. Por eso su ministerio separado del Obispo no tiene significado eclesial.

De otra parte, la plenitud sacerdotal que reside en el Obispo, se expresa y se realiza en la unión con su clero. El "presbyterium", que ya San Ignacio de Antioquía comparaba a la unión de las cuerdas, al arco de la lira, adquiere en esta hora de renovación eclesiológica toda su amplia significación.

El Obispo no está solo en la Diócesis. Sus sacerdotes, que la liturgia de la ordenación llama "cooperatores ordinis nostri" le están unidos como el Verbo al Padre.

Por el hecho de su sacerdocio los sacerdotes están unidos al Obispo y entre ellos. Sin el presbyterium el Obispo no puede actuar eficazmente.

De ahí surge la necesidad del diálogo.

El diálogo —la palabra lo dice— exige una comunicación mutua.

Yo deseo iniciarla entregando al clero una serie de proposiciones que serían estudiadas conjuntamente durante el año 1965. Los sacerdotes dispondrán hasta el 30 de noviembre para considerarlas, sugerir ideas, objetar lo que crean conveniente, formular proyectos, etc.

Basados en estas observaciones, el Obispo iniciará el año 1966, los cambios pastorales y administrativos que reflejan el espíritu y las orientaciones del Concilio.

Es menester, eso sí, que una voluntad común nos oriente; el Concilio, en su letra y en su espíritu, en su significado histórico y social, en su alcance eclesial y humano, tiene que ser una realidad en esta Diócesis de Talca.

Esto nos exige, a todos, Obispo y Clero, una seria revisión de vida.

Faltaría a mi deber si yo no realizara la que a mí corresponde.

Tengo derecho, en nombre de la Iglesia, a pedir al clero haga la suya.

Esas proposiciones, que la semana próxima se enviarán por escrito, abarcan 9 puntos que solamente enumero. Me haría excesivamente largo si entrara aquí a explicar cada uno de esos puntos. Solamente quiero exponer en pocas palabras mi criterio frente a ellos.

Las proposiciones que se enviarán también son esquemáticas. Se insinuarán los temas a fin de que cada sacerdote tenga plena libertad para desarrollar y añadir, si quiere, otras consideraciones.

Los temas se enviarán personalmente para el estudio individual. A partir del mes de mayo comenzarán a tratarse por Decanatos. Yo recibiré en noviembre la presentación de cada Decanato, donde se reflejará el estudio personal hecho previamente y enseguida el realizado a nivel decanal.

Pero antes de enumerar estos puntos, yo deseo, como base de esta renovación pastoral, que el Concilio nos exige, añadir una consideración sobre el *ministerio sacerdotal*. Quiero solamente indicar su esencia y mostrar sus finalidades.

Trato este tema por un doble motivo; primero, porque ninguna reforma sería puede hacerse si la base doctrinal no es firme. Y, segundo, porque miro con cierto temor el que, sin darnos cuenta, precisamente por no hacer

las distinciones doctrinales debidas, se esté debilitando, o al menos empalideciendo el fin fundamental de nuestro ministerio: la evangelización del Reino de Dios.

IV.— *Ministerio Sacerdotal*

El Concilio significa para toda la Iglesia una exigencia de santidad.

Es un volver a sus fuentes primeras de donde la Iglesia ha sacado siempre a lo largo de su historia sus reservas fundamentales.

La Iglesia en este Concilio, nos lo recordó el Papa Juan, se mira en el Evangelio para volver íntegramente a su espíritu.

No hay renovación verdadera en la Iglesia sino a base de renovación espiritual.

Esta exigencia general se presenta con mayor apremio al clero. El problema no es si llevamos sotana o clergyman, si decimos la misa de frente o de espaldas al pueblo, si la recitamos en castellano o en latín. Esos son medios, no fines. Si la Iglesia toma decisiones a este respecto, es siempre buscando un fin superior.

El problema fundamental, el que el mundo aún no católico nos exige, es si somos o no capaces de darle a este mundo que crece en proporciones gigantes, el alma que ese mismo mundo necesita.

Mis amigos, existe un grave peligro: el naturalismo. Los peligros más graves para la Iglesia —permítanle a un viejo profesor de Historia eclesiástica recordarlo— no son los que vienen de fuera, sino los de dentro.

El problema no es de saber qué irán a hacer nuestros enemigos, sino ¿qué somos nosotros capaces de hacer? La Iglesia puede resistir a todos los embates, menos a uno, el que le viene de olvidar la palabra de Cristo:

“Vosotros sois la sal de la tierra... la luz del mundo... el faro sobre el monte”. Ya Cristo mismo añadió la consecuencia: “si la sal se hace insípida ¿con qué se preservará al mundo de la corrupción?”.

No podemos olvidar que nuestra presencia al mundo tiene ante todo un valor de testimonio y de signo.

El sacerdote es para la comunidad el signo de la presencia de Dios en el mundo. El es el testimonio constante de lo sobrenatural.

La historia de la salvación nos dice que las intervenciones de Dios en la vida de la humanidad se han realizado siempre por medio de hombres que Dios elige, llama y envía. En la economía actual, el sacerdote tiene esa función.

De otra parte, el mundo mismo quiere ver en nosotros “a los ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios”.

No quiero que en el día del “redde rationem”, tenga que repetir la frase bíblica: “vae est mihi quia tacui”.

Por eso hablo a mi clero, como vigía sobre el muro, para señalar el peligro de una desnaturalización del sacerdocio que no aquí, a Dios gracias, sino, sobre todo, fuera de Chile se está insinuando.

¿Que hay que revisar muchos puntos pastorales? ¿Quién puede negarlo? Creo en estos años haber hablado muchas veces sobre la necesidad de esta renovación pastoral. ¿Que hay que adaptarnos a los tiempos? Precisamente esta es la finalidad principal del Concilio. ¿Que hay que abrirse al mundo para dialogar con él? Los Papas Juan XXIII y Paulo VI nos dan el ejemplo.

Pero, cuidado, que esto no signifique ni ocultar nuestro sacerdocio, ni humanizarlo tanto que pierda su carácter esencial, sagrado. (Sacerdocio viene de "sacer"). Ni disminuir el valor del mensaje, ni caer en un olvido de las prioridades apostólicas, ni querer sustituir la eficacia divina que viene de Cristo, con simples eficacias humanas. Hoy, como ayer, "la victoria que vence al mundo es nuestra fe".

Para ser de nuestro tiempo, para realizar una acción en profundidad, para estar presentes al mundo nuevo que se forma, no se nos pide que renunciemos a los valores permanentes que constituyen la riqueza del sacerdocio, sino que sepamos adaptar esos mismos valores en toda su integridad a las nuevas exigencias de los tiempos.

El sacerdote ha de ser un hombre de su tiempo, comprendiéndolo y amándolo, y ha de ser un hombre de todos los tiempos, manteniendo lo que constituye su razón de ser sacerdotal.

Cuidémonos de palabras o de juicios superficiales, ni teológica, ni psicológica, ni sociológicamente fundados, con lo cual sólo se quiere justificar situaciones particulares.

Juan XXIII es el Papa del "aggiornamento", del diálogo universal, de la presencia de la Iglesia. Pero es el sacerdote que nos deja su "Diario Espiritual", simple y diáfano como su alma, donde se trasluce nítidamente el ministro de Dios.

Fue el hombre que supo como nadie comprender a todos los hombres, precisamente porque como pocos supo vivir su vida sacerdotal.

Demos una rápida mirada doctrinal al fundamento de nuestro misterio:

Por su misterio pascual, Cristo reconcilia y congrega a los hombres dispersos, los une en El para llevarlos al Padre y los constituye en Iglesia "nuevo pueblo de Dios", "hombre nuevo".

De ese pueblo, escoge a Doce. Los hace sus Apóstoles. Los consagra a la misión. Los arma por el Espíritu Santo en una creación nueva.

El Colegio Apostólico y su continuación, el Colegio Episcopal, dirigido por su sucesor el Romano Pontífice, tienen como mandato fundamental la misión de evangelizar al mundo.

Las diversas funciones episcopales tienen una unidad fundamental, de donde deriva la unidad de la pastoral sacerdotal, la misión.

El Concilio acaba de recordarnos que el Episcopado es responsable solidariamente de la evangelización del mundo. Es la consecuencia primera de la colegialidad.

Esto significa el carácter netamente misionero del Colegio Episcopal.

A su vez, el Obispo con su clero es el responsable de la misión en la Diócesis. Su tarea fundamental es la evangelización.

"Los tres momentos de esa misión única pueden marcarse con tres palabras: evangelio, eucaristía, Iglesia, es decir: la fe, el sacramento, el pueblo, o mejor: el mensaje, el misterio, la comunidad. Se encuentra ahí en términos concretos y realistas lo que se esfuerzan en decir las palabras jurídicas: "munus docendi, santificandi, regendi".

Si los hombres de todas las ideologías se interesan en el Concilio, no es porque esperen de él fórmulas científicas, económicas o políticas, sino precisamente "el suplemento de alma" que le falta al mundo en lo temporal.

Hay un tesoro que ninguna institución puede dar y que solamente puede darlo la Iglesia; el mensaje y la vida de Dios. Esto es lo que el mun-

do espera principalmente de Ella. Esta es la tarea fundamental que corresponde al sacerdocio.

En el momento en que un gran desarrollo temporal se precisa y se realiza, es más necesario que nunca, justamente para que ese desarrollo tenga sentido auténticamente humano, que el anuncio de la Buena Nueva tenga prioridad en el ministerio de aquellos que fueron llamados precisamente a esto: "ad dandam scientiam salutis plebi ejus".

En consecuencia, la Iglesia ha sido hecha para el mundo "ya que Dios la amó tanto que le dio a su Unigénito". El mundo a su vez debe recapitularse en la Iglesia. Es el sentido profundo del "instaurare omnia in Christo" de San Pablo.

La Iglesia peregrina, camina en la historia, avanza en el tiempo, está íntimamente mezclada al desarrollo de la humanidad. Pero esa Iglesia, encarnada en lo humano, presente a lo temporal, que no rechaza ningún valor auténticamente humano, tiene una ley fundamental que se expresa en el viejo aforismo: "salus populi suprema lex".

Ahora bien, esto exige para nuestro ministerio el acentuar, sin negar otras actividades, la prioridad en el ministerio de salvación.

Hagamos juntos, queridos hermanos, nuestra revisión de actividades sacerdotales. Quiero ser el primero en someterme a este examen. El primero en reconocer mis deficiencias en este terreno. El primero en querer poner todo lo que el Concilio me exige. Yo no vengo aquí a juzgar a mi clero. Vengo a hacer mi revisión de vida junto con él.

Y ese examen me pregunta: ¿estamos formando la comunidad cristiana? ¿Le estamos imponiendo a esas comunidades un estilo auténticamente evangélico? ¿El amor del Reino de Dios preside nuestro apostolado? ¿Sabemos expresar en nuestra vida las razones verdaderas, profundas, no accesorias, de nuestro ministerio sacerdotal? ¿Sentimos la angustia de que a menudo el anuncio hecho a los hombres por nuestras comunidades cristianas no sea el anuncio del Reino?

Al afirmar este primado de la evangelización, entiéndase bien, no quiero ni negar, ni disminuir la acción temporal. Quiero colocarla en el lugar que nos corresponde en nuestro ministerio.

Creo tener derecho, después de 30 años en que he mantenido claro el pensamiento social de la Iglesia ante muchas incomprendiones, tanto más dolorosas, cuanto más íntimas, a que se me crea, que no he cambiado ni disminuído la línea que por amor a la Iglesia y a los humildes he elegido.

Pero estoy hablando al clero y necesito decirle, que hay una labor irremplazable que corresponde al laicado, y que nosotros no podemos ni debemos sustituir. Que si existe un peligro que es necesario evitar de un laicado divorciado del sacerdocio, existe también otro, el de un clero que asume tareas laicales que no son de su competencia. Que existe un laicado adulto que no quiere ser tratado como menor de edad en funciones que le son propias.

Entonces, ¿cuál es en este terreno la acción del sacerdote?

Existe en el mundo valores naturales cuya raíz es evangélica y que es necesario que alcancen en una visión más trascendente su desarrollo total.

La Iglesia asume la lucha por la justicia, la fraternidad, la paz en su sentido humano, pero para darles, a la luz de Cristo, toda su perspectiva redentora.

Y aquí se coloca la acción del sacerdote frente a lo temporal.

Tenemos ante todo que evitar tentaciones muy sutiles, muy humanas, que no por eso dejan de ser tentaciones.

Tenemos que meditar constantemente en la respuesta que Cristo dio al Tentador al final de su ayuno en el desierto.

Tenemos igualmente, que cuidar que el temor de no invadir el campo de lo temporal nos haga caer en un pecado de angelismo, de evasión al mundo y de desolidarización con sus problemas.

¿Cómo resolver este conflicto?

No desearía extenderme, pero tampoco desearía omitir el enunciar un tema que juzgo para nosotros de extraordinaria importancia: es a la luz de la doctrina donde encontraremos la solución. *Recordemos:*

Las estructuras de la Iglesia son comunitarias y jerárquicas. Los hechos nos dicen que "en la primitiva Iglesia se mantenían fieles a la comunión fraterna".

Esto significa que la fuerza primera de cohesión no viene del exterior, sino de lo interior. Que la vitalidad de la Iglesia no depende tanto de las instituciones temporales cuanto de la adhesión interna de sus miembros a los fines esenciales de la comunidad, es decir, la redención de la humanidad.

De ahí nuestra tarea.

Hacer posible que las comunidades humanas estén animadas de una vitalidad interior.

El sacerdote no se retira del mundo. No es extraño a él. Todo lo que es humano lo siente suyo. Pero deja a los hombres, que Dios en su providencia puso en las comunidades humanas, la tarea de inspirar en ellas el sople evangélico.

Su labor sacerdotal es doble; enseñar la verdad, establecer la doctrina, mostrar las perspectivas eternas del reino de Dios que avanza en la historia y formar a esos hombres para que sean en medio del mundo, al cual pertenecen por entero, los que saben leer en los signos de los tiempos y de los acontecimientos el plan de Dios para hacerlo realidad.

En la Iglesia, nos lo recuerda San Pedro, hay diversos ministerios. No todos están reservados al clero. Todos, sin embargo, tienen como finalidad el servicio de la comunidad. Debidamente distinguidos y coordinados han de producir el crecimiento del Cuerpo Místico de Cristo.

Hay que dar al laico su lugar en la Iglesia y su misión insustituible de constructor de la ciudad terrestre, según el orden querido por Dios.

Nosotros en cambio, sin desentendernos, de esa responsabilidad temporal, pero sabiendo la forma en que nos corresponde actuar en ella, seguiremos repitiendo la palabra que los Apóstoles nos entregaron al instituir el diaconado: "Nos autem, orationi et ministerio verbi instantes erimus". "Por lo que a nosotros concierne, nos mantendremos constantes a la oración y a la predicación de la palabra".

He señalado posibles desorientaciones que traen consigo incertidumbres y malestar.

Hay que buscar un equilibrio entre acción evangelizadora y temporal, entre la presencia a Dios y la presencia al mundo, entre la construcción de la ciudad terrestre y el crecimiento de la Iglesia.

Esto nos exige, a Obispos y clero, tres cosas:

1) Un diagnóstico de tipo misionero sobre el mundo, y sus necesidades en el campo de la fe.

Existen urgencias misioneras cuando hay: ausencia de fe, pensemos en el ateísmo actual, o en sectores sociales no iluminados por la fe, o en debilitamientos de la fe;

2) El Sacerdote tiene que volver a pensar los fundamentos teológicos de su ministerio en una perspectiva misionera;

3) Centrar su vida y su acción a la luz de esta visión misionera.

Es decir, establecer la unidad profunda de su ser: oración y acción, estilo de vida y cultura —plan de acción donde el ministerio de la palabra tiene prioridad— coordinación de tareas en el presbyterium, diálogo entre sacerdotes y Obispos en la línea de su misión solidaria.

Sólo así podría responder a la pregunta que el Concilio nos presenta sobre la misión del sacerdote en el mundo de hoy.

—::—

E L C E L I B A T O
ADHESION A INTERVENCION DEL PAPA DURANTE EL CONCILIO
VATICANO (1)
(X-1965)

El Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) adhiere vivamente deseo Vuestra Santidad expresado en carta al Eminentísimo Cardenal Decano el 11 octubre último. Agradece sinceramente reafirmación doctrina tradicional Iglesia, fuente de santidad sacerdotal y fecundidad ministerio apostólico. Pide filialmente paterna bendición apostólica. Manuel Larrain, Presidente "CELAM".

(1) Es éste un telegrama de respuesta a la carta del Papa Paulo VI al Secretario General del Concilio, Mons. Pericle Felici, del 11 de octubre de 1965, durante la 146ª Congregación General, en que sustraía al debate en el aula conciliar el tema del celibato y solicitaba observaciones por escrito al respecto.

EJERCICIOS ESPIRITUALES AL CLERO CASTRENSE (1)
(20-25-II-1966)

I N T R O D U C C I O N

¿Qué son o deben ser estos Ejercicios?

Ante todo serán un diálogo:

—Hoy en día se habla mucho de la necesidad de dialogar.

—Para el sacerdote esta necesidad es aún mayor y especialmente para el sacerdote del Concilio Vaticano II, para el sacerdote que la Iglesia quiere que seamos hoy en día.

—De donde brota la respuesta; aún más, la necesidad de dialogar con Cristo, en un diálogo sincero y cordial.

—Por esto, estos días tienen que ser días de mucha oración, de mucha petición.

—Como materia de meditación recordar el encuentro de Cristo con la mujer Samaritana (2).

—Cristo se fatiga en el espíritu y en el cuerpo-Verdadero Dios y Hombre.

—La solución en nuestras fatigas: Señor, dame de beber.

I.— *Meditación 1ª. La Iglesia del Concilio Vaticano II*

—Si preguntamos a la Iglesia: ¿Quis dicis de teipsa? (3). ¿Cuál será su respuesta?

—El Concilio Vat. II nos dará la respuesta.

No se trata de buscar una respuesta nueva, sino la respuesta que nos da el Concilio fundado en la auténtica tradición Paulina y Patrística.

La Iglesia de que nos habló Pío XII en la encíclica "*Mistici Corporis*".

—¿Cuáles son sus constitutivos?

—La Iglesia *es el pueblo de Dios*: Ese pueblo que se nos describe en las Escrituras.

—La Iglesia *es una Alianza*: Tú serás mi pueblo —Yo seré tu Dios—.

—Dios habló a los hombres del A. T. de muchas maneras: con palabras, con castigos, con beneficios.

Pero especialmente Dios habló por boca de los Profetas, los que, más que anunciar lo que habría de venir, *conminan al pueblo a vivir su vocación*.

(1) Los presentes apuntes son resúmenes tomados por el Padre Carlos Hodgson B., S. J., Capellán de la Primera División del Ejército, en Antofagasta, quien participó en los Ejercicios dados en Padre Hurtado.

Fueron revisados por Mons. Manuel Larraín E. y posteriormente policopiados por el Vicario Castrense, Mons. Francisco J. Gillmore.

(2) *Jn.* 4, 442.

(3) *Tr.*: "¿Qué dices de ti misma?".

—Es ese pueblo al que Dios *libera* de sus enemigos a través de múltiples alternativas y hazañas y después lo *conquista* por Cristo, de donde será llamado “*populus acquisitionis*” (4).

—Es lo que San Pablo nos expresa al decirnos: “*Multifarie multisque modis olim Deus loquens Patribus In Prophetis, novissime diebus istis locutus est nobis in Filio*” (5).

“*Qui dedit semetipsum pro nobis, ut nos redimeret ab omni iniquitate et mundaret sibi populum acceptabilem, sectorem bonorum operum*” (6).

—Es la Iglesia un *pueblo que tiene por Cabeza a Cristo*.

—Iglesia —Ecclesia— *Reunión de los hombres con Dios*.

—*Bajo la influencia y presencia del Espíritu Santo*.

—*Aplicaciones*. La Iglesia no es una teoría, es una realidad.

Cristo más bien que hablar, realiza.

Nuestro Credo incluso, es una enumeración de hechos: Se encarnó, nació, etc.

También nosotros tenemos que realizar la Iglesia.

La Iglesia es en realidad inmutable en su esencia, pero no es estática, al contrario, es dinámica.

Por esto la Iglesia se mantiene no defendiéndose, sino avanzando. (Se propuso como ejemplo de fracaso en la defensa, la Línea Maginot) (7).

—La Iglesia es *Comunión*. Por tanto es *esencialmente comunitaria*.

—Cada sacramento es como un paso que da la comunidad.

—*Todos somos Iglesia*: el Papa, los Obispos, los sacerdotes y fieles, aunque naturalmente con diversas funciones.

—La Iglesia es *sacramento*. Es el signo sensible de nuestra unión con Dios y de nuestra unión con los demás hombres.

II.— Conclusiones

—La Iglesia por su naturaleza tiene que vivir en unión constante con el misterio Redentor, de donde necesariamente tiene que ser y mantenerse fiel a Cristo.

—La Iglesia no avanzará en el mundo a través de compromisos terrenos.

—La Iglesia sí avanzará en la medida que sea fiel a Cristo.

—Y lo mismo debe decirse del sacerdote, de su fidelidad a Cristo.

—La Iglesia por esencia es misionera: ¡Hay de mí si no evangelizo!

—La Iglesia debe dirigir su acción *a todo el hombre y a todos los hombres* (8).

(4) Tr.: “Pueblo adquirido”: *1 P.* 2, 9.

(5) Tr.: “Habiendo hablado Dios a los Padres antiguamente muchas veces y de diferentes maneras, en los últimos días nos ha hablado por medio de su Hijo”: *Hbr.* 1, 1.

(6) Tr.: “El se sacrificó por nosotros. Así es como nos liberó de las fuerzas del pecado y purificó a su pueblo, un pueblo que le pertenece y que no desea otra cosa que hacer el bien”: *Ti.* 2, 14.

(7) Muro de defensa de los franceses frente a los alemanes en la Segunda Guerra Mundial.

(8) S. S. Paulo VI: 7-XII-1965.

III.— *Meditación 2ª. El Sacerdocio Ministerial de Cristo*

Antes que nada constatemos el problema de la crisis sacerdotal.

¿Cuáles son sus causas?

—Hay sin duda diversos factores:

Cambio del mundo de estado de cristiandad al de sociedad pluralista.

De allí brota el desajuste por dificultad de adaptación a una nueva forma de vida y de apostolado.

También han influido ciertas maneras de decir o criterios errados, p. ej.:

—Yo ya no estoy en edad de cambiar.

—El Concilio ha dejado de un lado al sacerdote: a los Obispos todo el poder; a los laicos los ha promovido. ¿Y el sacerdote en qué queda?

De donde, o la ruptura total o la evasión dedicándose a otras cosas.

—Sin embargo la función del sacerdote es cada vez más bella y noble.

Sin que la Iglesia por eso deba ser "clerical" (en sentido peyorativo). Porque el sacerdote es otro Cristo.

—Concilio Vat. II nos dice que toda la Iglesia es sacerdotal, pues todos participan de la mediación de Cristo. Pero esta afirmación no disminuye en absoluto el valor de la función sacerdotal del presbítero (ut sic) —Cf., S. Pedro—, —S. Juan Crisóstomo— (9), Sto. Tomás.

—El sacerdote ejerce la función sacerdotal en la comunidad cristiana. Es el signo eficaz que realiza el ministerio sacerdotal de Cristo, lo cual tiene lugar a través de una doble función: de multiplicidad y de unificación.

—El hombre es feliz en la medida en que se realiza.

El peor peligro de la vida sacerdotal es el de no verse realizado y esto tiene lugar muchas veces porque no sabe realizarse.

—La diferencia del sacerdocio de los fieles y el sacerdocio ministerial no es de grados, sino esencial (Cat. II), pero ordenados el uno al otro. El sacerdote está al servicio de sus hermanos.

—Algunas características del sacerdocio:

1) Nace de Cristo.

2) El sacerdocio, más que una dignidad, es un modo de servir. Cristo vino a servir no a ser servido.

Es verdad que estando al servicio de la comunidad, este servicio es de gran valor y por lo mismo es también una dignidad.

3) Ha sido establecido con intención pastoral, no sólo cultural. El sacerdote es principalmente Guía y Pastor del pueblo de Dios. Es diferente del sacerdocio levítico. Tiene el deber habitual y cotidiano de velar por el pueblo de DIOS.

4) El sacerdote por su orden es consagrado a Cristo Sumo Sacerdote.

5) El sacerdote es un mediador; el que une a todos los fieles en su persona.

6) El sacerdote tiene instrumentos por los cuales Cristo comunica su verdad y su gracia.

(9) Juan Crisóstomo, San Nació en Antioquía hacia el 345, es uno de los Padres de la Iglesia Griega, reconocido universalmente por su gran elocuencia.

7) El sacerdote participa de la triple función del Obispo: Profética, sacerdotal, real.

El Obispo es el legítimo sucesor de los Apóstoles.

El Sacerdote por su unión al Obispo participa de la misión apostólica y, por consiguiente, tiene una importancia extraordinaria.

8) El sacerdote debe sentirse unido al Obispo y con sus hermanos los demás sacerdotes, no sólo con vínculos jurídicos, sino principalmente con vínculos de caridad, los que hacia el pastor deben ser de amor filial.

IV.— *Meditación 2ª, El Sacerdote Ministro de la Palabra*

La primera función de la Iglesia es la de Evangelizar. Cf. San Pablo e igualmente en los Hechos, la institución del Diaconado.

—“Fides ex auditu” (10). De allí la importancia de las celebraciones de la palabra.

¿Qué es evangelizar?

—Es el desarrollo de toda una historia viva. Es el desarrollo de la acción amorosa de Dios para salvar a la humanidad.

—Dios Padre envía a su Hijo a darnos la buena nueva.

—N. S. J. C. vino entonces a evangelizarnos, la invitación del Padre a las nupcias.

El Conc. Vat. nos recuerda que ese plan de la Revelación de Dios se manifestó con palabras y con hechos.

—Entonces, nuestra misión es la de anunciar esa palabra y hacerla vida.

—Debemos exponer la verdad y toda la verdad: “nova et vetera”.

—Aún más, debemos sentir la inquietud por evangelizar (Aplicación a las unidades a nuestro cargo).

—Pero no basta predicar: debemos ser testigos de la Verdad. Lo cual requiere varias condiciones:

1) Sentido de la responsabilidad: no podemos callar, empequeñecer o deformar la verdad. “Opus fac Evangelistae” (11).

2) Gran desasimiento personal. No debemos ir tras un afán de alabanzas, ni buscando tanto la elegancia en el decir, cuanto la sinceridad en la verdad.

3) Debemos convencernos de que la palabra de Dios tiene *en sí* una gran eficacia. Nosotros somos los que transmitimos esa verdad. “Mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me envió (12).

No es el que planta, ni el que riega, sino Dios quien dará el crecimiento.

4) Debemos actuar libres de todo compromiso humano. “Verbum Dei non est alligatum” (13).

Debemos predicar todo el Evangelio y sólo el Evangelio.

5) Nuestra predicación debe ser hecha con inmenso amor. Se trata de distribuir con amor de padre, el pan de los hijos.

(10) Tr.: “La fe viene por la predicación”: *Rm.* 10, 17.

(11) Tr.: “Haz obra de evangelista”: *2 Tm.* 4, 5.

(12) *Jn.* 7, 16.

(13) Tr.: “La palabra de Dios no está amarrada”: *2 Tm.* 2, 9.

—Con todo lo importante que es la atención del culto de Dios, el sacerdote debe ser sobre todo el Profeta de Dios. “Et tu puer, Propheta Altissimi vocaberis” (14).

Algunos problemas que se presentan a nuestra predicación de hoy:

a) El mundo antiguo era más sacral o religioso. El mundo de hoy es más laico.

b) El problema del ateísmo, al menos práctico y no necesariamente comunista, es sin duda el más grave. Brota del adelanto de la técnica y de la diversa conformación de las estructuras de la sociedad actual.

¿Cuál puede ser la solución?

—Ante todo predicar. La palabra de Dios responde a todas las inquietudes del hombre de hoy.

—Pero debemos reconocer que a la vez existe una gran crisis de predicación.

Nuestros laicos están realmente descontentos de nuestra predicación.

—De allí que el Concilio reitere la importancia de la Homilía. Por lo tanto nuestra predicación debe ser:

i) *Teologal*. Debemos anunciar la palabra *de Dios*, contrapuesta al *moralismo*, no a la moral que no *proviene del dogma*.

ii) *Cristocéntrica*. “Nos autem praedicamus Christum et hunc crucifixum” (15). En este aspecto debemos aprender muchas veces de los llamados “evangélicos”.

iii) *Bíblica*. Cf. Cap. VI de la constitución “Lumen Gentium” sobre la Iglesia. Prediquemos a Dios con las palabras de Dios.

iiii) *Debemos vivir lo que predicamos*. Debemos enseñar con el ejemplo de vida.

iiiii) *Adaptada*. Nuestra predicación debe responder a los problemas de nuestros oyentes. Debemos por tanto advertir las inquietudes del hombre moderno.

iiiii) Como conclusión debe ser *fruto del estudio y de la oración*.

V.— *Meditación 4ª, Cristo Sacerdote — El Sacerdote Ministro de los Sacramentos, en especial de la Eucaristía*

—La Eucaristía es el centro de todos los sacramentos.

—El Conc. Vat. II nos dice de la Eucaristía que, es fuente y cima de toda la evangelización.

—En virtud del Sacramento del Orden nuestra misión esencial es la de servir de mediadores entre Dios y su Pueblo. El Sacramento del Orden nos ha impuesto el sello de mediadores y debemos vivir en función de tales. En ningún otro momento lo cumpliremos o concentraremos mejor esa función nuestra que en la Misa.

—Cristo tiene tres miradas:

- 1) Al Padre para adorarlo.
- 2) Al hombre para redimirlo.
- 3) A sí mismo para sacrificarse.

(14) Tr.: “Y te llamarán Profeta del Altísimo”: *Lc. I, 76*.

(15) Tr.: “Nosotros en cambio, predicamos a Cristo y a éste crucificado”: *1 Co. 1, 23*.

—Estas tres miradas de Cristo, que nosotros debemos continuar, se expresan más perfectamente que en ningún otro acto de nuestra función sacerdotal en la Misa.

—El sacrificio es la expresión más perfecta de la virtud de la Religión. En él hacemos un ofrecimiento de todo lo que hacemos y poseemos, a Dios, N. S.

—Sin embargo con frecuencia se pierde el sentido de la oración, adoración o de la contemplación. Se pierde el sentido de lo sagrado. Cf. el rezo del Breviario, a veces convertido en simple lectura tediosa.

—Si no enseñamos al pueblo a adorar, la religión se convertirá en algo meramente supersticioso o, a lo más, en una oficina de peticiones o mandas.

—La Misa es por esencia latréutica. Es el sacrificio de adoración.

“ “ Traduce el ofrecimiento de nosotros mismos a Dios.

“ “ Reúne la perfecta obediencia y el perfecto amor.

“ “ Sacar todo su valor del sacrificio de la Cruz y de allí sus cuatro fines.

“ “ Ordena todo nuestro ser al ponernos en estado de alabanza, de acción de gracias, etc.

“ “ Nos enseña que el sacerdote debe ser profundamente humano, pero su vida humana debe tener un sentido, debe vivirla en un tono redentor.

—La Misa da sentido a la Comunidad.

La Iglesia es comunitaria y esta se forma por la unidad de los hermanos en torno a la unidad de la Eucaristía.

—La Misa es un nuevo Pentecostés que vuelve a reunir las gentes dispersas en uno.

—Una vez más, es verdad que hay crisis sacerdotal, pero hay también una solución: Vivamos nuestra bella vocación sacerdotal en la Iglesia y en el pueblo.

VI.— *Meditación 5ª, La Liturgia*

—¿Qué significa la renovación litúrgica a que nos exhorta el Conc. Vat. II?

1) El verdadero sujeto de la renovación litúrgica *es toda* la comunidad cristiana.

—La Misa es la asamblea del pueblo de Dios. Es la reunión esencial, la que constituye la Comunidad = la Iglesia.

—La comunidad orante es la base de la comunidad apostólica.

—Por lo mismo es necesario la participación de los fieles: Conciente y activa.

2) La obra de la salvación de la Iglesia se realiza por la Liturgia.

—En la liturgia hay ceremonias, pero no por eso la Liturgia es una ceremonia.

—A través de la liturgia Cristo se hace presente en la Iglesia de 4 modos:

a) En el que preside.

b) En la presencia de la palabra de Dios. Palabra viva, llena de energía y divina. Por lo mismo *el Evangelio no es leído, es proclamado*.

c) A través de la presente sacramental de la Eucaristía.

d) A través de su presencia en la asamblea. Dondequiera que haya dos o tres reunidos en mi nombre, allí...

—Debemos aplicar esto a la Misa entera, sin casuísticas formalistas: desde el Credo o el Ofertorio.

3) La Liturgia nos revela el sentido del *carácter central del Misterio Pascual*.

a) Las celebraciones de los israelitas antes de salir de Egipto recibieron el nombre de "Nissan". Era la cena en casa eminentemente *figurativa*.

b) Las mismas en el Exodo son llamadas "Phase". Es el paso de la cautividad a la Libertad; de la opresión a la tierra prometida. Su sentido es la *liberación*.

c) Se celebra la Pascua en la tierra prometida, se renueva la levadura. Se *agrupan* los dispersos. Es la Pascua de los Azimos. Es la que nos recuerda la Liturgia de la Vigilia Pascual. "Nova conspersio" (16).

d) La Pascua en el templo de Jerusalén dio lugar a que los judíos de la Diáspora se reunieran para recordar la liberación de Egipto y figuraran la liberación futura. "Oh vere beata nox" (17).

e) La Pascua de Cristo es la verdadera Pascua. Cf., Evangelios Sinópticos. San Juan no narra la Cena, pero nos habla del Nuevo Cordero. Es la Pascua de la Eucaristía; es el centro de la Economía de la salvación.

En la Liturgia la Pascua es:

- i) Una conmemoración de un acontecimiento,
- ii) Es un misterio,
- iii) Es una celebración.

Y esa Pascua nosotros la celebramos en tres tiempos u oportunidades:

4) El día de Pascua de Resurrección: el día que hizo el Señor que es propiamente la Pascua.

5) Cada domingo que hacemos su rememoración.

6) En cada Misa en que volvemos a anunciar la muerte del Señor.

7) La reintegración de la Palabra de Dios en el misterio sacerdotal, no es un detalle o una ceremonia más o menos, sino algo vital y de suma importancia. De allí la insistencia en la **Homilía**.

8) Esta renovación trae por fin la diferenciación de las funciones en el culto litúrgico.

VII.— *Meditación 6ª, Los Presbíteros Rectores del Pueblo de Dios*

—Apacienta mis ovejas.

—Podemos pensar que cada día en la meditación, en la Misa, etc. en nuestro diálogo con Cristo, vuelve El a preguntarnos: "¿Me amas más que éstos?" (18). para renovarnos luego su encargo.

Podría incluso el texto traducirse en forma condicional: Si me amas, apacienta...

—En las catacumbas, en los Padres, etc. la idea de Pastor es la más frecuente.

(16) Tr.: "Nueva levadura": *1 Co.* 5, 8.

(17) Tr.: "¡Oh noche verdaderamente feliz!": Palabra que la Iglesia aplica en su Liturgia a la noche pascual de Cristo.

(18) *Jn.* 21, 15.

—Por esto debemos preguntarnos ¿Qué es apacentar?

1) El Pastor *conoce* sus ovejas en concreto, a cada persona.

El ejército avanza al paso de la infantería. Tomando las casas una a una.

Debemos conocer las almas a nosotros confiadas: geográficamente, sociológicamente, sus influencias culturales, religiosas, políticas. Y esto se logrará por el contacto personal, psicológico.

2) El Pastor *conduce* a sus ovejas. El pastor debe ser un educador. Importancia de la formación personal y de la dirección. Importancia de tener gente bien formada en los diversos movimientos. No se trata de entrar a lo político o temporal, pero que nuestros hombres sean capaces de ver estos problemas a la luz de la fe.

Se trata entonces de formar educadores, pero teniendo cuidado en no confundir, conducir con gobernar, o sea evitando el "clericalismo".

3) El Pastor *defiende* sus ovejas.

Hemos de defender a nuestras ovejas del materialismo, del ateísmo, del olvido del sentido de Dios y del hombre. Hemos de defender especialmente a los más humildes.

Hemos de educar en el sentido de la caridad.

4) El Pastor tiene *otras ovejas que atraer a su aprisco*. La Iglesia se ha abierto en un diálogo fraternal, en una apertura que no es claudicación.

Cf. Discurso de su S. Paulo VI el 7 de diciembre de 1965 en que nos exhorta a trabajar y a dirigir nuestra acción "a todos los hombres y a todo el hombre".

Palabras que reiteró a Mons. Manuel Larraín en su audiencia del 20 de diciembre 1965 como objetivo del Concilio.

5) El Pastor *da la vida* por sus ovejas. El Pastor se sabe sacrificar.

6) El Pastor debe saber contribuir *a formar la estructuración* del mundo de hoy.

VIII.— Meditación 7ª, La Paternidad

En el ejercicio del ministerio sacerdotal puede a veces prevalecer el funcionario sobre el Padre; o bien la autoridad sobre la Paternidad.

—Nuestra autoridad, la que es cierto que tenemos, no es impositiva, es *servicio de amor*.

—En el antiguo Testamento se habla de paternidad, pero en forma confusa y con un sentido colectivo.

En el Nuevo Testamento la gran Revelación de N. S. J. Cristo es la de presentarnos a *Dios como Padre*. Cf. Padre Nuestro, Huerto, Cruz, etc.

—Características de la Paternidad:

1) Viene del Padre por Cristo. A Dios no lo vio nadie, el Hijo nos lo reveló.

2) Toda la misión de Cristo y de la Iglesia es formar una gran familia. Es manifestar las amorosas relaciones del hombre con Dios, en contraposición al A. Test., en que se insiste en Dios como el Señor.

3) El Obispo y con él, el sacerdote, es la imagen sensible del Padre.

—La Iglesia es la extensión de la imagen trinitaria a la unidad y dentro de ella el sacerdote continúa la misión del Hijo: "Sicut misit me Pater" (19).

(19) Tr.: "Así como me envió el Padre (...así los envió yo)": Jn. 20, 21.

—Lo propio del Padre es engendrar. Nosotros como Cristo tenemos que engendrar una vida nueva de Cristo en los hombres. De allí es que debemos preguntarnos: ¿Hasta dónde estoy engendrando a Cristo en las almas? La respuesta dependerá del examen que hagamos de nuestro ministerio.

—Engendrar espiritualmente significa:

a) Despertar y orientar la vida de fe.

Los apóstoles no arrojaron los demonios “propter incredulitatem vestram” (20).

Así como vivimos en medio de hondas que no podemos captar sin un radio receptor, así también estamos viviendo en un mundo de realidades invisibles que no se pueden captar en su significado sino con la radio de la fe.

Debemos vivir la fe.

b) Engendrar y robustecer la esperanza.

Nuestra época es época de angustia. Cf. la filosofía, el cine, la literatura.

c) Animar la vida de caridad en los hijos de Dios.

—Debemos sin embargo distinguir muy claramente entre paternidad y paternalismo.

El laico debe ser respetado y tratado como adulto, no como un niño.

—Uno de los mayores problemas del sacerdote es la soledad. ¡Cuántas veces en la vida nos sentimos solos! El remedio está en vivir la Paternidad Espiritual.

—“In Christo Iesu per evangelium ego vos genui” (21).

IX.— *Meditación 8ª, El Sacerdote y los Pobres*

El Concilio Vaticano II nos presenta al Señor asociado a los pobres. “Pauperes evangelizantur” (22).

—Recordemos las palabras de Pío XI al Cardenal Cardijn (23) en que le expresaba que el mayor escándalo de nuestro siglo es que la Iglesia haya perdido a los pobres.

—Si abrimos la Biblia, el relato de la acción de Dios entre los hombres, la pobreza viene a ser como la huella esencial que Dios deja en la historia. Se distinguen varias etapas:

1) Vocación de Abraham: “Sal de tu tierra y de tu casa” (24). Dios le promete hacerlo Padre de muchas gentes, pero para esto debe primero despojarse. Incluso debe estar dispuesto a desprenderse de su hijo a quien ama, Isaac.

2) Exodo: prueba colectiva de pobreza. Para poder llegar a la gran Alianza de Sinaí, deben primero los israelitas despojarse de cuanto tenían en Egipto.

3) Época de los reyes: Los israelitas piden a Dios un rey, pero ante todo el Señor pregunta: ¿sabrá ese rey ser el servidor de los pequeños?

Saúl será despojado cuando deja de ser pequeño por la soberbia.

(20) Tr.: “A causa de la incredulidad de ustedes”: *Mt.* 13, 58.

(21) Tr.: “Yo los he engendrado en Cristo Jesús por el Evangelio”: *1 Co.* 4, 15.

(22) Tr.: “Los pobres son evangelizados”, *Lc.* 7, 22.

(23) Cardijn José: Card. belga, fundador y promotor en el mundo de la J. O. C.

(24) *Gén.* 12, 1.

David llegará a ser rey después de haber sido Pastor. De la tribu más pequeña, la de Benjamín.

Incita luego Dios a los Profetas, quienes defienden a los pobres y claman contra los abusos con los pobres por los poderosos, Jeremías es ejemplo vivo de pobreza, abandono, persecuciones.

—Pero no se trata de jugar a la pobreza. Lo que importa no es tanto tener o no tener aquello, sino la actitud de humildad, la cual suele ir junto a la pobreza.

4) Exilio: Prueba colectiva y brutal de pobreza. Son derrotados, el templo es destruído, son deportados. “Super flumina Babylonis” (25).

En esas circunstancias se produce la crisis:

a) Los pobres de Yahvé no dudan que el Señor es fiel y cumplirá sus promesas.

b) Los que se adaptan a las nuevas circunstancias, se mezclan con los paganos y se apegan a lo temporal.

Los profetas llaman entonces a los pobres: el residuo de Israel. Y es entonces cuando a través de ellos se clarifica la Revelación: Dios es el creador, etc. pero Isaías describe claramente al Dios Redentor.

5) Los pobres vuelven al exilio, a la tierra devastada. Los otros se quedan en Babilonia.

Es la época de la gran literatura religiosa: Salmos, Job. Libros Sapientiales.

6) Bajo la opresión griega se repite la escena.

Los macabeos son despojados de todos los bienes temporales, pero su tesoro no se lo pueden arrebatar, es el Señor. Pueden quitarles la vida pero no su fe en el cumplimiento de las promesas.

7) Y llegamos a la luz resplandeciente del Nuevo Testamento: Jesús pobre en su pesebre, en sus pañales, en toda su vida, en la cruz. “Propter nos genus factus est cum esset dives, ut illius inopia nos divites essemus” (26).

El mismo Cristo nos dirá: “Beati pauperes” (27); “non potestis Deo servire et mammonae” (28). Pero la pobreza de Cristo se debe a una actitud religiosa, no a una necesidad sociológica.

Después de la multiplicación de los panes lo quieren hacer rey, pero huye. Y su discurso en esa ocasión es motivo más bien de que muchos lo abandonen y que incluso los discípulos no lo comprendan.

Es el complot de Satanás para evitar que Cristo aparezca como el servidor de Yahvé.

X.— *Meditación 9ª, Vocación de los Presbíteros a la Perfección*

—En el Conc. Vat. II, en su Constitución “Lumen gentium”, recuerda la universal vocación a la santidad de toda la Iglesia.

Y en el Cap. III del Decr. “Presbiterorum Ordinis” se refiere a la vocación de los presbíteros a la perfección terminando con las siguientes palabras:

(25) Tr.: “Junto a los ríos de Babilonia”, *Sl.* 136.

(26) Tr.: “Siendo rico, se hizo pobre por nosotros para que, por su pobreza, nos hiciéramos ricos”.

(127) Tr.: “Felices los pobres”, *Lc.* 6, 20.

(28) Tr.: “No podéis servir a Dios y al dinero”, *Lc.* 6, 24.

“Por lo cual, este Sagrado Concilio, para conseguir sus propósitos pastorales de renovación interna de la Iglesia, de difusión del Evangelio en todo el mundo y de diálogo con el mundo actual, exhorta vehementemente a todos los sacerdotes a que usando los medios oportunos recomendados por la Iglesia, se esfuercen siempre hacia una mayor santidad, con la que cada día, se conviertan en ministros más aptos para el servicio de todo el pueblo de Dios”.

—Juan XXIII decía que el sacerdote debe mirarse en el Evangelio y Bossuet (29) dice que la síntesis del Evangelio es el Sermón de la Montaña, y el resumen de éste son las Bienaventuranzas.

—Importancia de predicar y meditar las Bienaventuranzas: Haz Señor, que los malos se hagan buenos y que los buenos se hagan simpáticos. (Orac. de un niño).

Se presenta a veces el cristianismo como algo triste y justamente el atractivo de los Santos no está en que se evadan de la vida o vivan de un modo lúgubre. Cf. en este aspecto el atractivo himno de San Fco. de Asís.

En las Bienaventuranzas se nos enseña el camino de la felicidad. Repite cada vez el Señor: Felices...

1) “Beati pauperes” = feliz el que encuentra el sentido del pobre.

No se trata de impedir el progreso, pero es evidente el peligro de que por tratar de salir del estado de subdesarrollo —cosa buena— caigamos en el extremo opuesto del materialismo.

2) “Felices los mansos”: no los apáticos.

La mansedumbre nace de la conciencia que se tiene de la fuerza. Cristo. “Rex mansuetus” (30). “No quebrará la caña”. Veréis a un niño... Esc es el signo. Cristo ante Zaqueo, ante los pescadores, ante la mujer adúltera, ante Judas. No es debilidad la suya, ni falta de hombría.

El pueblo es muy indúlgenste para nuestras faltas, pero no soporta la falta de mansedumbre.

3) “Felices los que lloran”: saber tener el dolor de las almas. Cristo lloró. Debemos saber llorar como El.

4) “Felices los puros de corazón”. La pureza de corazón es mucho más rica y más difícil que la pureza exterior en el orden sexual.

Es necesaria para poder ver a Dios en todas las cosas. Para poder amar libre de toda atadura. Será esa pureza que nos permitirá con San Agustín disfrutar de aquél: “videbimus et amabimus, amabimus et laudabimus” (31).

5) “Felices los que tienen hambre y sed de justicia”. La justicia de Dios es el rostro de Dios; es su amor.

Debemos tener justicia en nosotros mismos. “Unicuique suum” (32).

Debemos tener justicia en nuestras relaciones humanas: impuestos, etc.

Bienaventurados los que luchan por la justicia. Podemos pecar por omisión si no enseñamos p. ej. los deberes sociales.

6) “Felices los misericordiosos”. El que tiene el corazón abierto al miserable. Felices los que renunciando a excesos de sensibilidad: me han ofendido, etc. más bien tienen presente que debemos perdonar hasta 70 veces 7.

(29) Bossuet, Jacobo Benigno (1.627-1.704). Ob. de Meaux, famoso por sus sermones.

(30) Tr.: “Rey manso”.

(31) Tr.: “Lo contemplaremos y amaremos, lo amaremos y alabaremos”.

(32) Tr.: “A cada uno lo suyo”. Cfr. S. T., II-II, q. 58, a. 1.

7) "Felices los pacíficos". Los que con Cristo y su Iglesia construyen la Paz.

8) "Felices los que padecen persecución por la justicia". Es el signo del discípulo asemejarse al Maestro. S. Juan Crisóstomo, S. Juan Nepomuceno, etc.

X.— *Meditación 10ª, Unidad y armonía en la vida sacerdotal*

—Tenemos que enfrentar el problema de la dispersión, causada por la inmensidad de tareas que tenemos entre manos; inmensidad en número y en variedad.

Uno de los mayores males es que rompe la armonía y la unión entre la vida interior y la vida exterior.

—Para obviarla tenemos que refugiarnos en Cristo, fuente y principio de unidad de vida, autor de la vida.

—Pero a Cristo hay que encontrarlo y para ello hay que buscarlo. Cf. Salmos. El primer medio es la oración, elemento esencial en nuestra vida sacerdotal, elemento de equilibrio y del cual sabemos que está en crisis.

—Una vez más Dios nos muestra el camino en la Sagrada Escritura:

—En el pueblo de Israel, todo cuanto se hacía se hacía con la oración. Abraham, Jacob, Moisés, oran y en la oración se les comunica y les hace saber su voluntad.

David canta la oración.

Los salmos nos señalan el camino en la búsqueda del verdadero bien.

—Cristo ante todos los hechos importantes, ora al Padre. Leer el Cap. 17 de San Juan.

—La Iglesia naciente oraba. En Pentecostés, Pedro en la persecución, etc.

—Y mientras más inquieta sea la vida actual mayor inquietud debemos sentir de oración.

Por el Monasterio de los Hnos de Taizé pasaron miles de personas en 1965, aún marxistas, agnósticos, también católicos, como una expresión de que el hombre busca y siente necesidad de Dios.

—La Iglesia no crece por un dinamismo externo, sólo por su vitalidad interna, comunicada por el Espíritu Santo en la oración.

—Tenemos necesidad de meditar: del coloquio íntimo y personal con Cristo.

—Nuestra Misa, nuestro Breviario no pueden ser sólo actos externos, tienen que estar penetrados de la intimidad de la oración personal.

—Se constata que la falta de felicidad en el sacerdocio es causada por la dispersión que hace que el sacerdote no se sienta realizado; y esa dispersión se debe a que no hay intensa vida de oración.

XII.— *Meditación 11ª, Fuentes de la Caridad Pastoral*

—En la meditación anterior hemos empezado a buscar la unidad y la armonía en nuestra unidad sacerdotal y se nos ha dicho que la encontraremos en la unión con Cristo, para, a través de El, buscar y descubrir la voluntad del Padre.

—El Card. Mercier en un retiro al clero pregunta: ¿Dónde está la santidad sacerdotal?, y él mismo respondía: En la caridad pastoral, es decir,

en la entrega al servicio de los hermanos en unión con Cristo y cumpliendo la voluntad del Padre.

—Así Dios amó al mundo hasta darnos su Hijo Unigénito y la vida toda de Cristo fue testimoniar el amor del Padre.

—Consecuencias que de allí se siguen:

1) Debemos examinar para ver en qué medida cumplimos la voluntad de Dios. Hay muchas maneras de cumplir esa voluntad por la diversidad de oficios que unos y otros ejercitamos en la Iglesia, pero todos tenemos que realizarla dentro de la unidad de la Iglesia.

2) Debemos examinar el sentido que el obispo tiene en la Iglesia. No sólo nuestro Obispo, sino el orden de los Obispos.

El Obispo no es sólo la autoridad de la Iglesia. Es la cabeza en la misión de la Iglesia.

El Obispo es a la vez el vínculo a través del cual nos unimos con toda la Iglesia por quien participamos de su triple misión. El Obispo es el vínculo que nos une a nuestros hermanos, es el lazo de nuestra fraternidad sacramental, es el signo de unidad vital, esencial en el presbiterio.

3) Por todo esto y por encima de diferencias accidentales debemos mantener la unidad en nuestra misión en la Iglesia con el Obispo y con el presbiterio.

—“Ut sint unum” (33). Más que a la unidad ecuménica ese texto se refiere a nuestra unidad en el sacerdocio.

XIII.— *Meditación 12ª, La Iglesia Apostólica*

—La Iglesia es un organismo vivo, itinerante, que camina al Padre. Está dentro del mundo y como el mundo debe avanzar.

—De otra parte, Dios quiere que todos los hombres se salven y fue esa la misión que encomendó a su Hijo, la de salvar al mundo.

El Hijo del hombre no ha venido a juzgar al mundo, sino a que el mundo se salve por El. Cf. S. Juan.

—Y el Espíritu Santo es el que da impulso a esa misión salvadora.

Y es Cristo el Hijo de Dios, quien nos ha dicho: No me habéis elegido vosotros a mí, sino que Yo os he elegido a vosotros para que vayáis y hagáis fruto y vuestro fruto sea permanente.

—La idea y el plan de nuestra misión apostólica no es nuestra, sino de Dios, y de El proviene nuestra vocación y todo lo que con ella poseemos.

—“Ut eatis...” (34) con la Iglesia, que es el pueblo de Dios que avanza por el camino de su Salvación, y es dentro de esa Iglesia donde podemos esperar el fruto.

—Estamos ante el fenómeno del crecimiento histórico en todos los órdenes:

1) Demográfico.

2) Ideológico. El ser humano siente que pasó la infancia y que es adulto..

3) Pluralismo. La sociedad marcha por diversos senderos.

4) Se va logrando, sin embargo, la unidad material del mundo, en el campo de la técnica, etc.

(33) Tr.: “Para que sean uno”, Jn. 17, 21.

(34) Tr.: “Para que vayan”, Jn. 15, 16.

5) Pero ¿quién hará la unidad espiritual del mundo?

Hay quienes quisieron realizarla, el marxismo por ej.

—De allí la necesidad urgente del apostolado en el mundo de hoy. Mañana podría ser tarde.

—¿Y con qué criterio deberemos hacer nuestro apostolado?

—Hay dos peligros:

a) El optimismo exagerado de quienes cuando oyen hablar de *aggiornamento* piensan en seguida en cosas accidentales: colocar el altar de cara al pueblo, celebrar la Misa en Castellano, etc... Estas cosas están bien pero no bastan. No basta con hacer algo. Depende de qué cosa se haga.

b) El pesimismo es tanto o más peligroso que lo anterior. Pío XII estimaba que el peor peligro de la Iglesia sería sentirse fatigada, sin fuerza existencial.

Paulo VI en la audiencia a los Obispos de América Latina les dijo que la Iglesia de América Latina sufre una debilidad orgánica.

—¿Cuál sería entonces la solución?

i) Colocarnos a las órdenes de la Iglesia en el cumplimiento de su misión.

ii) Ser fieles al Señor que se sirve de nosotros para hacer avanzar su Iglesia.

iii) Estar ciertos de que Cristo vino, viene y vendrá.

Esta realidad nos dará la audacia apostólica que nos llevará al cielo apostólico.

—“*Ignem veni mittere in terram* (35). *Zelus domus tuae comedit me*” (36).

XIV.— *Meditación 13ª, El Plan Pastoral*

—Se habla mucho del plan pastoral, y este es absolutamente necesario.

—Hay un plan a largo plazo y un plan a corto plazo.

—A largo plazo: tenemos que esforzarnos por construir la ciudad de Dios.

—A corto plazo: tenemos que trabajar con los hombres que Dios nos ha encomendado.

—Por ello “debemos vivir el hoy de Dios”, teniendo cuidado con que “los árboles nos impidan ver el bosque”.

Por consiguiente ni inmediatamente, queriendo hacerlo todo de inmediato, ni visionismo.

—Otro problema que se nos plantea es el de trabajar con la masa o con una élite. Hay que trabajar por formar una élite bien e intensamente informada de los principios cristianos.

Esta élite es condición indispensable en nuestro apostolado.

Pero no podemos por esto descuidar la atención de la masa.

Todos los hombres deben salvarse. Cf. *Daniélou* (37).

—Condiciones del Apóstol:

1) Inquietud apostólica del que ama a Cristo, a la Iglesia, a las almas

(35) Tr.: “Vine a traer fuego a la tierra”, *Lc.* 12, 49.

(36) Tr.: “El cielo de tu casa me consume”, Cfr. *Jn.* 2, 17.

(37) *Daniélou*, Jean: Cardenal francés de gran competencia en el conocimiento de la Iglesia en los primeros siglos.

2) Solicitud personal, es decir, atención continua a las almas. Actitud Constante de servicio.

3) Amor particular por los débiles, pecadores, necesitados, etc. Es muy fácil trabajar con las ovejas mansas que se acercan ellas solas.

4) Paciencia y humildad. No aparecer ante los hombres en actitudes prepotentes imponiendo la verdad.

5) Perseverancia en las dificultades. Saber sembrar en la esperanza.

6) Saber orar por las almas.

S. Carlos Borromeo (38) decía que las almas se conquistan con las rodillas. Y el Sto. Cura de Ars (39) decía a otro párroco que le pedía consejos en su apostolado: "Si Ud. no ha orado mucho, no diga que lo ha hecho todo".

XV.— *Meditación 14ª, El laico en la Iglesia*

—Del laico siempre se ha hablado, pero nunca se había hablado de El en forma tan solemne, como ha sucedido en el Conc. Vat. II.

—El que es laico ha llegado a una mayor madurez que le permite comprender y sentir la Iglesia, habiendo ayudado especialmente a esta mayor comprensión el desarrollo que desde comienzos de siglo ha tenido el movimiento litúrgico.

—Hoy en día el laico tiene conciencia de su papel dentro de la Iglesia, se siente actuando con la Iglesia y se sabe participante de la triple misión de la Iglesia.

—La misión específica del laico es la de santificar lo profano o temporal. La gran tragedia del mundo de hoy es justamente la de separar la religión y la vida. Es verdad que el mundo de lo temporal tiene su propia misión, pero subordinada esta y encuadrada dentro del plan de la Redención.

—El laico está llamado a ser el puente que una esos dos términos separados.

—Por lo mismo no puede aceptarse el clericalismo que ahogue el sentido generoso del laico.

—El apostolado de los laicos tiene su fundamento en la vida misma de la Iglesia, en su misma naturaleza y en su desarrollo histórico.

—Nuestra misión al respecto es la de formar laicos apostólicos, con lo cual contribuiremos a formar la Iglesia misma y a que ésta se haga presente en las diversas estructuras.

—Esta formación debe ser doctrinal, espiritual, apostólica.

Debemos orientar a nuestros laicos para que sepan ver los grandes problemas y formar de ellos un juicio.

—Por otra parte debemos saber distinguir los campos, enseñando lo mismo al laico, a fin de que la acción esté convenientemente diversificada y el laico y el sacerdote encuentren cada cual su lugar.

(38) S. Carlos Borromeo. Arzobispo de Milán y Cardenal. Gran promotor de las enseñanzas del Conc. de Trento. Murió en 1584.

(39) Sto. francés patrono de los párrocos por su acción pastoral. Su nombre: Juan María Vianney (1786-1854).

XVI.— *Meditación 15ª, Síntesis*

—El Conc. Vat. II nos enseña que la Iglesia es el pueblo de Dios. Es el pueblo sacerdotal que camina hacia el Padre a través de su participación en el triple poder: profético, sacerdotal, real.

Todos pertenecemos a ese pueblo y el mismo fin nos une.

—Pero dentro de ese pueblo hay oficios diferentes.

—Nuestro oficio de Presbíteros es esencialmente apostólico.

Somos los mediadores entre Dios y los hombres y en vistas al logro de este fin hemos sido consagrados.

Nuestra misión es la de transformar el mundo selvático de humano en divino.

1) Fidelidad, semejante a la de un soldado que jura defender su bandera. Nuestra fidelidad está dirigida al cumplimiento de nuestra misión sacerdotal. "Ut fidelis quis inveniatur" (40). "Euge serve bone et fidelis" (41). El mundo exige en todos los campos fidelidad, amigos, etc.

2) Nuestra fidelidad puede compendiarse en el texto de los Hechos Apost. "Perseveraban unánimes en la enseñanza de los apóstoles, en la fracción del pan y en el amor" (42).

3) Fidelidad en las enseñanzas de la Iglesia, unidos al Obispo y a través de él al colegio apostólico y a toda la Iglesia.

4) Fidelidad en la fracción del pan, en la celebración de la Misa e incluso cuando sea posible en la expresión comunitaria de la Concelebración.

5) Fidelidad en la oración de cada día; en el coloquio diario y personal con Cristo en el Sagrario. Sto. Tomás dice del Sacerdote que debe ser el "angelus orationis loci" (43).

6) Fidelidad a la Palabra de Dios en la lectura diaria de la Sta. Escritura.

7) Fidelidad en el amor y unión efectiva con nuestros hermanos en el sacerdocio y con las almas a nosotros confiadas.

—Debemos ser en resumen, como el Señor dice en el Apocalipsis, los "Testigos fieles" (44).

(40) Tr.: "Para que alguien sea encontrado fiel".

(41) Tr.: "Bien siervo bueno y fiel", *Mt.* 25, 23.

(42) *Hch.* 2.

(43) Tr.: "Angel de la oración del lugar", *S. T.*, III.

(44) Cfr. *Ap.* 2, 10.

EL PROBLEMA DE LOS SACERDOTES OBREROS (1) (1954)

Desde hace varios meses y especialmente en los últimos días se ha hablado y escrito largamente del "asunto de los sacerdotes obreros". No siempre, por desgracia, los juicios han sido fundados e imparciales.

Unos han querido ver en la decisión de la Jerarquía un propósito de limitar o frenar el apostolado en el medio obrero, otros, han aprovechado esta circunstancia, para renovar sus ataques a la Iglesia presentándola como enemiga de las justas aspiraciones del trabajador.

Creo necesario que tanto los Asesores como los miembros de Acción Católica estén debidamente informados del alcance, fundamento y finalidades de las medidas que el Episcopado francés en íntima unión con el Santo Padre han tomado al respecto.

Me ha parecido, después de leer numerosos documentos concernientes a este problema, que nada más claro y preciso podría presentarse que la exposición que hace a sus fieles el Excmo. Sr. Arzobispo de Aix en Provence, Mons. Charles de Provenchères (2).

Ella nos expresa la realidad del problema y el alcance de las medidas tomadas. Tal como el Cardenal Feltin, Arzobispo de París acaba de declarar: "La Iglesia desea mantener este apostolado. Nunca se trató de condenarlo o suprimirlo, sino tan sólo de examinar sus métodos y modificarlos según las necesidades" (3).

La exposición del Arzobispo de Aix, miembro esclarecido del Episcopado francés, nos da una visión completa y fundada del problema. Su lectura serena ayudará a disipar juicios que no corresponden a la verdad de los hechos.

-
- (1) Presumiblemente estos pensamientos de Mons. Larraín son de 1954, ya que la medida a que alude la Sta. Sede la tomó en 1953 y en el segundo semestre de ese año hizo los comentarios señalados el Card. Feltin.
 - (2) Mons. de Provenchères estuvo particularmente vinculado a "La Misión de Francia" y al problema de los sacerdotes obreros.
 - (3) El Cardenal Feltin hizo público su pensamiento respecto a los sacerdotes obreros varias veces. Cfr. *Documentation Catholique*: 29-XI-1953, col 1473-4; 18-X-1953, col. 1301-11.